BS 10 PTAS. J. MALLORQUI

EL COYOTE

Los hijastros del odio

LOS HIJASTROS DEL ODIO

Por José Mallorquí

CAPITULO PRIMERO

FIESTA DE BODA

La fiesta se iba a celebrar en la pradera. Primero una magnífica comida, compuesta de carne de ternera asada sobre el rescoldo reunido en largas zanjas cubiertas con telas metálicas sujetas a bastidores de hierro, y que servían a modo de parrillas. Era la clásica y mejicana barbacoa, una de las costumbres que debían sobrevivir a los conquistadores, que la habían tomado de los indios. El único cambio era el de la tela metálica, en vez de los verdes palos que usaban los pieles rojas.

Se habían sacrificado tres terneras, de las cuales sólo se aprovecharían los más selectos pedazos. El aire estaba lleno de olor a pino quemado y a las aromáticas hierbas que se echaban al rescoldo para aumentar el sabor de la carne.

En el centro de la pradera, que olía a hierba pisada, hallábase la larga y ancha mesa formada con tablones y caballetes y cubierta por blancas sábanas de hilo que hacían las veces de manteles. Los novios debían sentarse en el centro, en dos sillones. Los invitados se sentarían en los bancos colocados frente a la mesa.

Cerca de ésta se encontraban dos panzudos barriles de vino de San Fernando, un barrilito de whisky, otro de ginebra y uno mayor de ron. De unas a modo de horcas colgaban jamones ahumados, embutidos de diversos tipos, en algunos de los cuales la proporción de cerdo estaba en un veinte por ciento en contra de un ochenta de especias a cual más picante. En unas mesitas, que eran como satélites en torno a la mayor, se apilaban conservas en vinagre, jamones cocidos con azúcar, ensaladas aliñadas con aceite y vinagre, con vinagre y mostaza, con pimienta y canela y con una serie más de ingredientes, para todos los gustos y paladares. Había, también, salmón y anguila ahumados, arenques en vinagre, tamales con carne, enchiladas y, en resumen, entremeses para satisfacer al más exigente invitado. Una nube de

camareros chinos y negros estaba distribuida en torno de las horcas, armada con afilados cuchillos para servir las demandas; alrededor de las mesas para llenar los platos y, por último, tres de los mejor educados aguardaban junto a la puerta abierta en la cerca, para pedir y recibir cortésmente los revólveres y pistolas que pudieran llevar los comensales. En el cañón de cada arma se colocaba una arrollada tarjeta con el nombre de su propietario.

Cuando don César y Guadalupe entraron en el campo de la fiesta, los tres orientales saludaron con profundas reverencias, que les dieron aspecto de juguetes mecánicos alemanes.

Como habían tenido que esperar a que don Goyo Paz entregase sus dos pistolones, conocían lo que se ocultaba bajo la manta india que tapaba el pequeño arsenal acumulado sobre la mesa. Por eso, como extrañado por el silencio de los tres chinos, don César preguntó:

—¿No quieren saber si llevo algún cañoncito encima?

Los tres chinos sonrieron por primera vez desde que estaban entregados a aquella molesta tarea. Sonrieron como si hubiesen oído un chiste muy divertido; luego movieron negativamente la cabeza.

—¡No, no! —dijeron los tres, a la vez.

—Casi me siento ofendido —suspiró don César—. Me hubiera gustado más inspirar un poco de inquietud, aunque fuese a unos chinos...

Don Goyo hablase detenido para esperar a don César.

—Hola, muchacho —saludó.—. Me parece que no debiéramos haber venido. Esta fiesta se ha puesto mala.

—El sentido de la economía me prohíbe rechazar una comida gratuita —contestó don César—. Desde luego, se ha puesto fea la fiesta.

Miró hacia donde estaban los recién casados: Kate Dolin, de veintiún años. Joel Simmons, de cincuenta y tres, y, además, tío de su propia mujer. Si la novia estaba pálida como la nieve, el novio tenía la blancura de un cadáver, y ambos parecían igualmente helados.

—Parece que esperan el pésame... —dijo don Goyo. Frunció las espesas cejas—. Esto es una inmoralidad. En mis tiempos, ¿sabes lo que hubiéramos hecho, César?

El hacendado sabía cuál hubiera sido la reacción de la gente cincuenta años antes; pero no quiso privar al viejo cascarrabias del placer de explicarlo.

—Alguna salvajada —dijo.

—Puede que ahora le deis ese nombre; pero en aquellos tiempos... —Don Goyo se humedeció los labios con la lengua, como regodeándose de pasadas actuaciones—. Hubiéramos cogido al novio y lo habríamos pintado de negro con brea de calafatear. Luego lo hubiéramos emplumado con plumón de patito, para darle un buen tinte amarillo. Y, una vez seca la brea y las plumas bien pegadas, habríamos manteado al canalla frente al balcón de su dormitorio, para que su esposa pudiera reírse un rato. Y cuando nos hubiéramos sentido cansados de mantearle, habríamos lanzado un grito para ponernos de acuerdo y, de un último golpe, le hubiésemos enviado a la altura del tejado de su casa, soltando en seguida la manta, para que al caer se diera cuenta de lo duro que estaba el suelo.

—¿De veras eran tan bárbaros? —preguntó Guadalupe.

—Eramos muy hombres, Lupita —sonrió don Goyo, halagado por el calificativo aplicado por Guadalupe a los jóvenes de cincuenta años antes—. Recuerdo que a una viuda que se casó al cabo de dos meses de haberse muerto su marido, le cogimos al segundo esposo y se lo embarcamos hacia China, en un frágil junco que zarpaba de San Pedro aquella noche. El hombre tardó cuatro años en volver... —Don Goyo volvió a reír con esa bonachonería de los viejos que no toleran ninguna broma ajena; pero, en cambio, son muy comprensivos con sus propias y pasadas locuras—. Sólo tuvo tiempo de abrazar a su esposa y explicarle una parte de sus aventuras, porque en seguida llegaron sus amigos, le emborracharon y, cuando despertó de su borrachera, ya estaba de nuevo rumbo a China en otro junco. Regresó a los tres años y desembarcó en San Diego. Desde allí envió aviso a su mujer para que se reuniera con él a mitad de camino, en San Pascual; pero nos enteramos a tiempo y asaltamos la diligencia entre San Pascual y San Diego. Ibamos con las caras tapadas; pero el pobre adivinó quiénes éramos y suspiró: «¡Está bien, muchachos, volveré a China!.»

—No me diga que lo embarcaron otra vez rumbo a China —dijo Lupe.

—Pues claro —replicó don Goyo—. Se trataba de una broma muy divertida.

—¿Por qué no le enviaban a otro sitio? —preguntó don César.

—Porque China era el lugar más lejano. Los juncos hacían la travesía de un tirón, deteniéndose sólo en pequeñas islas de Oceanía, a cargar agua. Si le hubiéramos embarcado en un velero que hiciese rumbo a Sudamérica habría podido desembarcar en Panamá o en el Perú y volver al cabo de un año.

—¿Y qué hicieron cuando volvió?

—La broma duró poco —suspiró don Goyo—. El hombre se quedó en una isla de la Polinesia, donde fue coronado rey.

En aquel momento el hijo de don César entregó sus revólveres a los chinos y reunióse con su padre.

—¿Cómo has tardado tanto? —preguntó don César.

Su hijo se encogió de hombros.

—Fui con unos amigos a tomar algo. —explicó—. Esta fiesta no me gusta nada.

—Es lamentable que no hayas llegado antes, hijo mío —dijo don César—. Habrías escuchado un interesante relato acerca de cómo se portaban los jóvenes en tiempos de don Goyo.

—Eso era en la Edad de Piedra, ¿no? —preguntó el joven.

Don Goyo empezó a enfadarse; pero luego cambió de opinión y soltó una bronquial carcajada.

—Desde luego, desde luego —dijo—. Y, viendo cómo habéis cambiado, casi estoy por creer que mi juventud se remonta mucho más allá de la Edad de Piedra. —Volviéndose hacia el hacendado siguió—: Creo que deberíamos marcharnos.

—¿Sin comer? —preguntó don César.

—¡Claro!

César de Echagüe y Acevedo guiñó un ojo a su padre, procurando que don Goyo lo advirtiera, y dijo;

—Cuando el diablo no puede comer carne dice: «Ayunemos, hermanos.»

—¿Qué quieres decir, jovenzuelo mal educado? —preguntó don Goyo.

—Que si yo estuviera tan estropeado como usted, y sólo pudiera comer cositas ligeras e inofensivas, también diría que no comiésemos; pero a mí la ceremonia me ha despertado un apetito atroz.

—¡Si te imaginas que no soy capaz de comer tres veces lo que tú, vas a llevarte una sorpresa! —bramó don Goyo—. ¡Estaría bueno que un mequetrefe, hijo de otro... de otro...! —Don Goyo dirigió una furibunda mirada a don César y dijo—: No te enfades; pero en este caso tú también eres un mequetrefe, aunque no lo seas tanto como hace algún tiempo, ¡Sólo me faltaba que tu hijo, que parecía seguir un buen camino, se haya convertido en un payaso como tú!

—Tiene razón, don Goyo —asintió don César—. Mi hijo le está faltando al respeto. —Se volvió hacia el joven—: Y eso, Cesítar, no está bien. A los ancianos hay que respetarlos, mimarlos, ser tolerantes con sus exabruptos y con sus manías, pues sólo así podremos ser respetados, tolerados, mimados y comprendidos cuando llegue el día de nuestra propia vejez.

Don Goyo pareció a punto de estallar a consecuencia de la sangre acumulada en su cabeza.

—¡Yo no soy ningún alfeñique! —rugió—. Pero, aunque lo fuese, vale más medio alfeñique de mi raza que todos los hombres hechos y derechos de esta época.

—No se peleen, por favor —pidió suavemente Joel Simmons, llegando junto al grupo—. Estamos celebrando una fiesta, no una reunión política.

Cuando don Goyo cobraba impulso era muy difícil detenerle, y ya estaba a punto de replicar impertinentemente a Simmons, cuando don César acudió a remediar la situación con su buen humor habitual.

—En este caso don Goyo tiene mucha razón —dijo—. Mi hijo y yo nos hemos tomado algunas libertades dialécticas encaminadas a provocar su enfado.

—Mal hecho, don César —sonrió untuosamente Simmons—. Hoy ha de ser día de bullicio, de felicidad, de ruido...

—Sí, sí —Interrumpió el hacendado con su más suave sonrisa—. Ese era mi deseo; pero hay en el ambiente tanto silencio, que por ello

decidí animarlo un poco.

Joel Simmons encajó difícilmente el puyazo.

—Comprendo que mi fiesta no goza de la popularidad de las suyas, señor de Echagüe, y que muchos de los que han venido a ella disfrutarían viéndola fracasar...

—¡Qué barbaridad!... —exclamó don César—. ¡No diga usted eso! ¿Quién puede desear tal cosa?

—Los envidiosos, papá —dijo César de Echagüe y Acevedo—. A muy pocos nos ha gustado que don Joel se haya llevado a la más bella flor del femenino jardín de Los Angeles.

—Tienes razón, hijo mío —admitió don César—. No se me había ocurrido pensar en el rencor que la buena suerte de don Joel ha debido de despertar entre los jóvenes que tenían puestos sus codiciosos ojos en esa perlita que se llama Kate. Pero... tú no habrás pensado...,

—Yo, no, papá —replicó en seguida el joven—. ¿Crees que soy de esos que olvidan la importancia que tiene la diferencia de edad?

El disparo del hijo de don César causó todo el daño que se propuso el joven al apretar el gatillo. Joel Simmons se puso pálido, lívido y terminó en amoratado verdoso. Durante unos segundos no se atrevió a decir lo que deseaba; luego, sonriendo hipócritamente, comentó:

—Espero que con el tiempo se me perdone haber cortado en mi beneficio tan hermosa flor.

—No es usted el primero en ser envidiado por llevarse a una mujer perfecta —replicó don César, con la misma serenidad de si nada grave se hubiera dicho—. Cuando me casaron con mi Lupita —apretó suavemente el brazo de su mujer—, don Goyo y su hijo rabiaron como si les hubiesen quitado la bolsa del dinero, ¿no, don Goyo?

—Aquello fue un robo descarado —replicó el viejo coronel.

Simmons aprovechó el momento para escapar.

—Con su permiso —dijo—. Creo que me llaman.

César de Echagüe y Acevedo, que había adoptado una expresión de insuperable pesar, le cogió de un brazo y suplicó:

—Perdóneme si aquello que dije de las diferencias de edades le ofendió; le aseguro que no lo dije por usted. Ni me acordaba de que le lleva usted treinta años a la novia. Como no los representa...

—¡Suélteme! —gritó Simmons, rojo de ira—. Si no estuviese en mi casa le haría dar de latigazos...

—¿A quién? —gritó el joven—. ¿A mí? ¿Usted? ¡Atrévase!

—¡Calma, calma! —pidió don César, que la poseía toda—. No hay que llevar las cosas a tan violentos extremos. Los dos han pecado de excitables y nerviosos.

—Está bien —cortó Joel—. Olvidemos el asunto. Me tengo que marchar...

—No, señor —intervino don Goyo, agarrando de un brazo a Simmons—. En este caso yo estoy con usted. Los mayores tenemos que defendernos de las impertinencias de los jóvenes. Tiene usted derecho a las excusas que le dará el señor de Echagüe.

—Es que yo no necesito... —empezó Joel.

—Déjeme explicarle —pidió don César—, usted se halla excitado. Lo comprendo. Me he casado dos veces y sé lo que se siente, en tales momentos. El corazón nos late lleno de juveniles anhelos y no somos dueños de nuestros actos. En cuanto a mi hijo, también es joven y no sabe que a veces las verdades ofenden. Si a una liebre la confunden con un galgo, la liebre no se molesta tanto como si la confunden con un conejo, o simplemente, si le dicen que es inconfundiblemente una tímida liebre.

—¿Estás tratando de reparar la impertinencia de tu hijo? —preguntó Guadalupe.

—No lo sé —suspiró don César—. Sospecho que esta vez no me salen las palabras a gusto de mi corazón. Le aseguro, don Joel, que lamento muchísimo la torpeza de mi hijo; pero doy fe de que él deseaba borrar el mal efecto de sus palabras. Al fin y al cabo, los jóvenes están disgustados con algo de razón. A usted ya le consideraban neutral en las luchas del amor, y ha resultado no sólo beligerante, sino que, además, se ha llevado lo mejor de lo mejor. Lo que debe hacer es reírse de los envidiosos. Que más vale ser envidiado que ser compadecido, porque no es más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos.

—Sí, sí. No tiene importancia. Hasta luego. A sus pies, señora.

Joel Simmons se alejó hacia otro grupo de invitados, mientras Guadalupe comentaba en beneficio de los tres hombres:

—Creo que se ha obrado con excesiva dureza. Al fin y al cabo, si ella no hubiese querido, nadie la hubiera casado con él.

—Desde luego —asintió don César—. ¡Estos jóvenes! —Movió la cabeza—. No cabe duda de que los extremos son muy malos. Los jóvenes de ayer y los jóvenes de hoy son de lo peor que he visto. En cambio, los que ocupamos el puesto intermedio somos, si no perfectos, porque al fin y al cabo es de hombres el errar y de asnos el rebuznar, por lo menos somos mucho más soportables y cómodos. Nosotros no enviamos nunca a China a un recién casado, ni le sacamos a relucir su edad en un momento tan vidrioso como el presente. Y no me digas, César, que no hubo mala intención por tu parte.

—Desde luego, papá —admitió César-—. Hubo bastante mala intención. Pero no me negarás que si hubiese hablado de Gómez, aún le habría escocido más.

—¡Qué ocurrencia la de ese muchacho, presentándose en Los Angeles cuando acababa de celebrarse la boda! —comentó don Goyo —. ¡Y qué oportuno! Si hubiera llegado antes...

—¿Cree que estaba enamorado de Kate? —preguntó Lupe.

—No lo sé. Los Dolin se han vuelto muy reservados desde que murió la madre de Kate. Pero estamos chismorreando y no me parece correcto.

—Todo el mundo chismorrea —observó don César—. No se debe ir contra las costumbres. Es peligroso.

—Se debe ir contra las malas costumbres, César —replicó don Goyo.

—Que yo sepa, don Goyo, no han matado a nadie por criticar una buena costumbre. En cambio, por criticar las malas costumbres han sido crucificados, quemados, ahorcados, descuartizados, decapitados y comidos por las fieras muchos cientos de miles de seres humanos.

—¡Siempre con tus genialidades! —gruñó don Goyo.

—Con eso no me quita la razón —contestó don César—. Estoy

convencido de que es menos peligroso insultar a un hombre bueno que ofender a uno malo cantándole las verdades. Pero la gente ya se acerca a las mesas, la carne está asada, el vino en las jarras y... ¡qué caray!, ya empiezo a sentir apetito. Vamos, Lupita. No hagamos esperar a los novios.

Llevando del brazo a Lupe, dirigióse hacia la mesa. Frente a ellos, más blanca que su velo de novia, Kate mantenía la mirada, perdida en sus pensamientos o en sus inquietudes.

—¡Pobre muchacha! —musitó Guadalupe—. Para ella el día de hoy no es de felicidad. ¡Ese hombre es un monstruo!

—El amor crea ángeles y demonios, Lupita —respondió don César —. Por una mujer, por conseguirla, uno puede llegar a las mayores alturas y a las máximas bajezas. No sé hasta dónde habrá llegado Joel Simmons; pero nunca me ha parecido un hombre muy alto.

—¿No se podría hacer algo por ella? —preguntó en voz baja Guadalupe—. Ya me entiendes, ¿no? Debe de ser horrible estar casada con un hombre a quien se odia.

—El problema de los Dolin es de índole estrictamente familiar. No se debe nunca revolver en el cubo de la basura de los demás. Es cosa privada y ofenden las intromisiones.

—¿Crees saber el motivo de la boda de Kate con su tío?

—Pude haberlo sabido a tiempo. No quise.

—¿Por qué?

—Lupita: la curiosidad convirtió en estatua de sal a la mujer de Lot.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo.

Kate se acercó en aquel momento a los Echagüe.

—Muchas gracias por su asistencia —dijo.

—¿Eres feliz? —preguntó Guadalupe.

—¡Mujer! —protestó su marido—. El preguntar eso implica duda, y en un caso como el de hoy, la duda ofende.

Antes de que la recién casada pudiese replicar algo, don César siguió:

—Le estaba contando a mi mujer un suceso que ocurrió hace algún tiempo, Kate. No sé si tú has oído hablar de ello.

—¿Yo? —preguntó la novia, toda ojos.

—Ocurrió en San Diego. Un amigo mío construyó una hermosa casa, cuyo adorno principal era el comedor. Un comedor tan grande como... Sí, como un circo romano o una plaza de toros. Fíjate si era grande que ocupaba toda la planta baja de la casa, hasta el punto de que para subir a los pisos hubo que colocar la escalera en el exterior para que no quitase sitio abajo. Otro amigo mío, al ver aquella habitación, observó en seguida su único defecto: una columna que el arquitecto había colocado, con el peor de los gustos, en el centro de la estancia. Aquella columna estropeaba la perspectiva del comedor. Mi segundo amigo no dijo nada. Pero pensó que su deber de amigo, de mi primer amigo, le obligaba a reparar el error del arquitecto. Una noche entró en la casa cuando todos dormían, en el primer piso, y llegando al comedor, la emprendió a mazazos contra la columna hasta que la echó abajo, librando así a la estancia de un estorbo. Al llegar aquí, mi segundo amigo no tuvo tiempo de pensar nada, porque, falto del sostén de la columna, el primer piso se hundió sobre él, arrastrando en su derrumbamiento al segundo y último piso. En resumen: murió mi segundo amigo por meterse donde no le llamaban, y murió mi primer amigo, su familia, sus criados y sus huéspedes, por el entrometimiento del que, tratando de hacerles un favor, los envió a todos al otro mundo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kate, más pálida que nunca.

—Nada —rió nerviosa Lupe—. Mí marido es muy original...

—No. Su esposo nunca habla a tontas y a locas. Dice cosas divertidas; pero lo que dice siempre tiene algún sentido. ¿Cuál es el sentido, o la moraleja de su historia, don César?

—Es sólo una anécdota —sonrió don César—, Creo que me la contaron a raíz de que alguien quiso hacer un favor que nadie le pidió, y sólo consiguió perjudicar a quienes trataba de ayudar; pero no tiene nada que ver contigo, Kate. Es decir..., no sé. Pero me parece que nada tiene que ver, ¿no es cierto?

Muy lentamente, Kate replicó, a la vez que bajaba los ojos:

—No..., creo que no tiene nada que ver conmigo. A mí siempre me ha molestado que... —vaciló—. —Nunca me ha gustado que se me ayude cuando yo no pido ayuda. Ni que se me aconseje cuando yo no

pido consejos.

—Es un buen método —replicó don César—. Yo lo he practicado durante toda mi vida y..., lo confieso, me ha dado muy buenos resultados. No ayudar a quien no te pide ayuda, y antes de auxiliar a quien lo solicita, reflexionar un rato, y al fin, no ayudarle tampoco.

Joel Simmons acudió al lado de su esposa.

—Vamos —dijo—. Quiero brindar por nuestra felicidad.

Al sentir en su brazo la mano de su esposo, Kate se estremeció. El escalofrío que corrió por su cuerpo no pasó inadvertido para don César ni para Guadalupe. Sin embargo, cuando ésta quiso observar la reacción de su marido lo vio indiferente, como si no hubiera advertido lo que acababa de suceder.

Quiso preguntar algo; pero ya los invitados se dirigían hacia la mesa y su inmediata vecindad hacía peligroso preguntar nada.

—Queridos amigos —dijo Simmons, con una copa en la mano—. Quiero agradecer a todos su asistencia a esta fiesta, la más importante de mi vida.

Tras las primeras palabras del novio se había hecho un profundo silencio en la pradera. Todos miraban fijamente a Simmons, cuya triunfal sonrisa daba la impresión de ocultar algo que sólo unos cuantos podían comprender.

Levantando más la copa, Simmons siguió:

—Desde que conocí a la que hoy es mi mujer, sentí el deseo de unirme a ella. Soy hombre y creo que a nadie le asombrará ese deseo mío, perfectamente humano y lógico. Por fin, aunque no sin vencer muchas dificultades, conseguí el permiso para la boda. Por último, ésta se ha realizado y los acontecimientos han hecho que el día de hoy, como ya dije antes, sea el más bello de mi vida. Ruego a todos me acompañen en este brindis, en honor de la más hermosa y feliz de las mujeres...

Apenas sonaron estas palabras, Kate dejó caer la copa que tenía entre los dedos y se cubrió el rostro con las manos, ahogando así un grito, sollozo o alarido.

Simmons volvió la cabeza y al instante oyóse en el aire el zumbido de un proyectil de gran calibre que terminó en un quebrar de cristales

al chocar contra la copa que el novio tenía a la altura de su rostro. En seguida llegó a la reunión de invitados el lejano detonar de un rifle.

Instintivamente, mientras las mujeres estallaban en gritos de miedo, algunos hombres miraron hacia el lugar de donde partiera el disparo y vieron entre unos arbustos situados a unos ciento cincuenta metros una nube de humo que se disolvía en tenues volutas.

Algunos corrieron hacia la mesa donde estaban las armas; pero los más comprendieron que era inútil intentar nada contra el autor de la agresión, que por un camino hundido entre dos taludes había tenido tiempo suficiente de huir y ponerse a salvo.

—Seguro que ha sido una broma —dijo don César, mirando sonriente a Joel Simmons, que se había inclinado lo suficiente para interponer entre su persona y el rifle que le había enviado el aviso de plomo, una ancha barrera de invitados.

—¡Una broma! —jadeó Simmons—. ¿Es que las gastan así en esta tierra?

—Mucho peores —dijo don Goyo.

—¡Me han querido asesinar! —gritó Simmons.

Volvióse hacia Kate y, mirándola como si la odiase, siguió:

—¡Pero es inútil! Aunque yo muriese, no se libraría del castigo. Lo tengo bien previsto y dispuesto. ¡Es inútil!

Humildemente, tímidamente, Kate respondió:

—Sólo han querido gastar una broma, ti... Joel.

—¿Una broma? Si no llego a mover la cabeza me la vuelan; pero ya ajustaremos cuentas con tu padre.

—¿Cree que ha sido su suegro el que le envió ese tardío mensaje de boda? —preguntó don César.

—A lo mejor ha sido el «Coyote» —dijo Yesares.

—¡No! El «Coyote» no tiene nada que ver con esto —rechazó Kate.

Y agregó en voz alta:

—¡Ojalá nos ayudase!

—¿A ti y a mí? —preguntó Simmons.

Kate inclinó la cabeza como si respondiera afirmativamente; pero don César comprendió que la joven habíase limitado a eludir toda respuesta.

Un grupo de jinetes que había llegado al lugar de donde partiera el disparo anunció por señas que allí no había nadie. El autor de la extraña agresión había desaparecido. Tuvo para ello tiempo sobrado.

—Bien —dijo Simmons, más tranquilo—. ¡Que siga la fiesta!

Pero la fiesta estaba ya estropeada por completo.

—Creo que a todos se nos ha terminado el apetito —dijo don César —. Eso de exponerse a tropezar con una bala de plomo entre dos bocados de carne es muy molesto, y yo, por mi parte, prefiero dejar para otro día el festín.

—¿Se va usted? —preguntó, ofendido, Simmons—. ¿Sin tomar nada?

—Se me fue el hambre; pero si usted quiere me llevaré un poco de carne en fiambre y jamón, y entre los muros de mi rancho lo comeré más a gusto que en esta pradera, donde el viento trae motas del calibre cuarenta y cuatro.

—Como usted guste, don César de Echagüe—respondió Simmons—. Creí poder disfrutar más tiempo de su compañía.

—Salude a su padre político. Y a Jack. Dígales que los hemos echado de menos, aunque el señor Dolin no debe de poder salir de su casa, ¿verdad?

—No he dicho que fuese mi suegro el autor del disparo, si es eso lo que usted quiere dar a entender —contestó Simmons.

—Yo no he insinuado tal cosa —dijo don César—. Sé que su padre político fue muy buen amigo suyo y que le aprecia. De lo contrario no le habría cedido su mejor tesoro. Además, está incapacitado. Salúdele. Vamos, Lupita. Adiós, Kate. ¡Que seas todo lo feliz que mereces!

Don César, su mujer y su hijo fueron los primeros en salir del recinto de la estropeada fiesta. Tras ellos, con diferentes excusas más o menos lógicas, se fueron casi todos los demás invitados.

Cuando llegaban cerca del coche, don César preguntó en voz baja a su hijo:

—¿Está todo debajo del asiento?

—Sí. El traje, el sombrero, el antifaz, las botas y las armas.

—Bien. —Don César guiñó un ojo—. Esta noche vamos a cometer un gran pecado de entremetimiento.

CAPITULO II

NOCHE NUPCIAL

Joel Simmons se había sentado frente al sillón de ruedas en que Abraham Dolin pasaba el día, desde que el derrame cerebral le inmovilizara las piernas.

—No sé si la bala iba dirigida contra mi cabeza o contra la copa, Abe —dijo.

Dolin le miró nerviosamente, como si no le viese ni le oyera; como si estuviese solo en aquella habitación donde pasaba los días enteros entregado a sus pensamientos. De la chimenea, donde ardía un buen fuego, llegaba el chisporroteo de los troncos y el estallido de la resina contenida en ellos. Las llamas proporcionaban la única iluminación de la estancia, proyectando sobre el rostro de Dolin cambiantes luces y sombras que en apariencia alteraban las expresiones del inválido.

—¿Estás seguro de que no fuiste tú quien disparó aquella bala, Abe?

Dolin no respondió.

—¡Contesta! —gritó Simmons—. ¡Sé que me has oído y entendido!; No finjas, también, que estás sordo!

Desde la puerta que daba al salón, Jack Ulm observó:

—Aunque estuviera sordo le oiría, Simmons.

Este se volvió hacia el ahijado de Dolin.

—Hola —saludó—. ¿Te enteraste de lo ocurrido?

Ulm soltó una risa burlona.

—Claro. En cuanto llegué a la «Bella Unión» me lo contaron. Le quisieron meter una bala en la cabeza como regalo de boda. No está mal el regalo. Una broma algo pesada.

—¡Una broma...!—Simmons no pudo dominar un escalofrío de miedo—. ¡Una broma! —repitió—. No le veo la gracia. Y no sé quién pudo gastar semejante broma. ¿Ya sabes, también, lo de Tommy Gómez?

La mención de aquel nombre provocó en Dolin la única reacción visible de que sus oídos no estaban cerrados a las palabras de su cuñado y yerno. Movió las manos y quiso levantarse; luego, con un suspiro, se dejó caer contra el respaldo del sillón, agotado.

—¿Cuándo le ahorcan? —preguntó Jack.

—Supongo que no tardarán mucho. Al fin y al cabo, está pendiente el juicio por el asesinato de Hart. Ahora lo desempolvarán. ¿Por qué habrá cometido la tontería de venir a Los Angeles?

—Debió de pensar que podría impedir la boda —dijo Ulm.

—¿Cómo iba a impedirla? —preguntó Simmons.

—Matando al novio —replicó el joven—. Por lo menos, eso es lo que yo habría hecho si Kate me hubiese querido, en vez de estar enamorada de Tommy.

Simmons se revolvió como si le hubieran pinchado.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué mentira acabas de pronunciar?

Jack empezó a reír ante la irritación de Joel.

—No pretenda engañarme, señor Simmons —dijo—. Conmigo no valen esas mentiras. Kate le quiere a usted tanto como a mí. Creo, incluso, que le quiere menos, porque por edad usted podría ser su padre, y las chicas sólo se casan con los hombres que podrían ser sus padres cuando ellos tienen mucho dinero. Pero todos sabemos de dónde sale su dinero, Simmons.

—¡Calla, Jack, calla! —pidió con ronca voz Dolin.

—No se excite, padre —respondió el joven, mirando con ternura al inválido—. Ya es hora de que alguien de esta casa le cante las verdades a este sinvergüenza —y señaló a Simmons—. Si no conseguimos otra cosa, por lo menos lograremos verle sofocado.

—No gallees tanto, Jack —dijo Joel—. Puedo hacerte daño.

—Ya lo sé. Me puede contagiar la peste negra.

—¿Dónde estuviste esta tarde?

—Ya veo hacia dónde dirige sus pasos, Simmons. Erró el camino. Si yo hubiera disparado el tiro, no le hubiese roto la copa, sino la cabeza.

—Entonces, ¿por que no asististe a la boda?

—Porque aprecio a Kate y me repugna verla casada con semejante víbora. ¡Y que las víboras me perdonen por la comparación!

—¡Nadie la obligó a casarse conmigo! —chilló Simmons—. ¡Nadie! ¡Nadie! Contesta, Abe. ¿La obligaste tú? —Simmons se volvió hacia Jack—. ¿La obligaste tú? ¡No! ¡Claro que no! Nadie la obligó. Ella me quiso y se casó conmigo.

—Ni le quiere, ni se casó con usted por su propia voluntad, Simmons. Usted se vale de algo que yo no sé. Gracias a eso vive sin trabajar, gastando nuestro dinero, vendiendo nuestro ganado, cometiendo toda clase de canalladas mientras mi padre se lo tolera.

—No hables tanto, Jack. —pidió el señor Dolin con triste acento—. Me duele la cabeza. Todo lo que sucede es lamentable, ya lo sé. Ya lo arreglaremos. —Con trágica expresión agregó—¡Siempre existe un medio de arreglar las cosas!

—¡No, papá, no! —gritó una voz de mujer.

Kate entró en la estancia y abrazóse a Dolin. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el inválido sintió contra sus mejillas el frío contacto de aquel llanto.

—No debes decir ni hacer nada, papá —siguió Kate— Yo estoy contenta de hacer esto por ti y por todos. Además, no es ningún sacrificio. ¡Te lo aseguro! Soy feliz.

—No digas bobadas, Kate —interrumpió Jack Ulm—. No puedes estar enamorada de ese viejo.

—¡Cuidado, Jack! ¡Cuidado!

Simmons hablaba temblorosamente, y por las comisuras de sus labios corrían dos hilos de baba.

—No pretenda asustarme, Simmons —replicó Jack—, Los animales peligrosos nunca avisan antes de morder. Los que ladran y ladran y ladran... ¡Bah! Esos no dan miedo a nadie. Basta con inclinarse a recoger una piedra y ya salen huyendo, aullando y chillando como si los matasen.

—No te mezcles en mis asuntos, Jack —ordenó Kate—. Nadie te lo ha pedido, ¿verdad?

—Verdad es, Kate —respondió Jack—. Ya sé que para ti sólo existe un hombre...

—Mi marido —dijo Kate antes de que Jack pudiera hablar demasiado—. No lo olvides. Sólo existe ese hombre. Yo no tengo dos palabras, dos caras y dos corazones.

—Para poder querer a ese bicho necesitarías veinte corazones —contestó Jack Ulm—. Con uno solo no se podría realizar todo el esfuerzo que requiere semejante tarea. No sé por qué lo has hecho.

—Porque le quiero.

—¿Y ya no quieres a Tommy?

—No le he querido nunca —dijo con tensa voz la joven.

—¿Asistirás a su ejecución? Supongo que tu marido le hará ahorcar...

—No hables así, Jack —pidió Dolin desde el sillón—. ¡Por favor! Dejadme tranquilo.

—Creo que ya es hora de que te acuestes, Abe —dijo Simmons.

Volvióse hacia su mujer.

—Pudimos habernos marchado en viaje de novios como hacen todos los que se casan.

—Tengo que cuidar de mi padre —contestó Kate—, Ya te lo dije a tiempo.

—Acuéstalo y vuelve pronto. Son las nueve de la noche.

—¿Vamos, papá? —preguntó Kate, colocándose detrás del sillón.

—No tengo sueño —respondió el inválido—. Aún es pronto.

Sin hacerle caso, Kate empujó el sillón hacia la puerta.

—¡No quiero acostarme! —protestó el enfermo.

—No te excites, papá —suplicó la joven, con estrangulada voz.

—¡Me quiero excitar! —gritó Dolin—. ¿De qué me sirve la vida? Sólo he conseguido labrar tu desgracia. ¡Yo quería para ti la mayor dicha del mundo! Primero te hice desgraciada al privarte de Tommy. Luego...

—¡Por Dios, no hables, papá! Es mejor así.

—¡No! —Dolin se volvió trabajosamente hacia su ahijado—: ¡Por lo que más quieras, Jack, tráeme un arma! ¡Quiero matarme! ¡Sí, quiero matarme!

Jack Ulm no se movió de donde estaba. Kate siguió empujando la silla por el pasillo, hacia el dormitorio de su padre. La voz de Dolin se fue haciendo más débil a medida que se alejaba, pero aún se le oía pedir:

—¡Dame un revólver, Jack! tiempo¡Déjame salvar a Kate!

—Está loco— dijo Joel Simmons, encendiendo un cigarro.

Jack le miró de soslayo.

—¿Loco? —preguntó—. No sé. Creo que si se matara le daría un buen disgusto a usted.

—¿A mí? —Simmons se echó a reír—. Ya no, Jackie. Ya no. Hace que se arregló todo.

—Es muy raro que la herencia de la madre de Kate fuese para usted.

—En lugar de quedarte aquí estorbando y hablando de más, ¿por qué no reúnes un grupo de amigos y lincháis a Tommy Gómez? ¿Es que ya has perdido las ganas de vengar el asesinato de tu, padre en Méjico?

—¡No! Y le vengaré a su debido tiempo. De no ser porque me pareció peligroso dejarle a usted con el señor Dolin y Kate, hubiera ido a Méjico a matar a Tommy.

—Por favor, Jack, no hables así —pidió Kate, entrando de nuevo en la estancia—. Siempre matar, vengar, castigar. ¿No sabes hacer o pensar otra cosa?

—En ciertas ocasiones, un revólver resuelve los pleitos mejor que un juez.

—¿Vamos, Kate? —preguntó Simmons—. Esto no parece una noche nupcial.

—Papá aún no se ha acostado —contestó la joven—. He venido a buscar su pipa.

—Yo te ayudaré a acostarle... —ofreció Simmons.

—¡No! —replicó, secamente, su mujer—. No necesito ninguna ayuda. —Suavizando su voz, agregó—: A papá no le gusta que le vean en esos momentos.

—Pues date prisa —gruñó Simmons.

Dio unas chupadas al cigarro y al ver que estaba apagado lo tiró al fuego.

—¡Estoy harto! —gritó.

Ulm se echó a reír.

—No se impaciente, hombre —dijo—. A Kate le quedan muchos años por delante. Claro que a usted no le deben de quedar tantos.

—¡Vete! ¿No tienes ningún sitio donde pasar la noche?

—No.

—Otras veces, cuando haces falta, te marchas.

—He procurado regenerarme.

—Pero no lo hiciste asistiendo a mi boda. Todo el mundo habla de que la familia de la novia estuvo ausente.

—Al único que acudió lo metieron en la cárcel —rió Jack—. No me

gustan los sacrificios. El señor Dolin no podía ir...

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—Me han dicho que juegas y pierdes, Jack. Que tienes muchas deudas.

—Sí. ¿Y qué?

—Si tú quisieras, yo podría ayudarte. Si necesitas dinero te daré unos cientos de dólares. Hasta mil, incluso.

—¿Mil? —Jack Ulm soltó una carcajada—, ¡Qué tontería! ¿Qué haría yo con mil dólares? Los gano y los pierdo a una sola carta.

Simmons se echó a reír.

—¡Eres un ingenuo! —dijo—. ¿Dónde juegas? ¿En el «Ferrocarril»?

—Sí.

—Cuando quieras iré contigo a jugar. Verás qué fácil resulta ganar diez mil dólares.

Ulm frunció el entrecejo.

—Está muy enterado de mi vida privada, Simmons.

—Bastante enterado, Jack. Ella se llama Estella.

—¿Y qué?

—Y es bonita como un sol, tiene los ojos muy verdes, y unos dientes como perlas..,

—¡Cállese!

—¿No quieres que hable de tu Estella? Esta noche te esperará junto a la mesa de póker. Estoy seguro de que tendrías suerte, si fueses a jugar. Y si yo te diese un papelito con una nota para un buen amigo mío, ganarías con tal de que jugases como un loco. Te doy el papelito y mil dólares.

—¿A cambio de qué?

—De que te marches esta noche. Es mi noche nupcial y deseo estar solo. Pero antes de marcharte encerrarás a tu padre adoptivo en su habitación.

—¿Es que piensa degollar a Kate?

—Kate no corre ningún peligro en mis manos y a mi lado, Jack. La quiero demasiado para hacerle daño. Desde que llegué a esta casa... Tú no sabes lo que es pasar por la vida sin encontrar una sola mujer decente que nos quiera de manera honrada, que no se venda.

—Hay muchas maneras de venderse, Simmons.

—¿Qué insinúas?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que Kate se ha vendido.

—¿Cómo te atreves a ofenderla así?

—No creo que mi pensamiento la ofenda. Si lo que sospecho es verdad, la honro como a una santa.

—¡Tonterías! Kate me quiere. Sabe que yo puedo hacerla feliz. Y la haré dichosa. Pero me gustaría saber algo, Jack. Tú me lo puedes decir.

—Es posible. Y puede que no se lo quiera decir aun que lo sepa.

—Te diré mi sospecha. Estoy casi seguro de que Dolin ha sido el autor del disparo de esta tarde. Creo que lo de su invalidez es una historia, una mentira. Es un puñado de tierra que nos ha echado a los ojos para engañarnos.

—¿Por eso quiere que cierre la puerta?

—Sí. Temo que esta noche salga de su cuarto y dispare con más puntería.

—Si pensara hacerlo hubiese aprovechado mejores ocasiones.

—La de esta noche es buena, Jack. Creo que no encontrará otra mejor.

—No entiendo tanto misterio y vaguedad. Hable claro, Simmons.

—Hablaré con una condición: has de prometerme que harás lo que te he pedido y que no te cruzarás en el camino de cierta persona. Que

irás directamente al «Ferrocarril» y que no saldrás de allí hasta la madrugada.

—¿En el camino de quién no debo cruzarme?

—Promete antes.

Jack vaciló.

—¿Me dará el dinero?

—Claro. Mil dólares en cincuenta monedas de oro y un papel.

—Conforme. Al fin y al cabo, si todos hubieran tenido confianza en mí, yo estaría obligado a demostrarles que soy digno de ella; pero no han jugado limpio.

—Claro que no. Vete. Kate no me dejará acercar a la puerta del cuarto de su padre; pero tú puedes ir hasta allí y cerrar con llave. ¿Eh?

Jack sentía unas irresistibles ganas de reír. Había hablado con el doctor García Oviedo y sabía que Abe Dolin tenía las piernas paralizadas y las tendría así por el resto de su vida. «Sólo un milagro le permitiría volver a andar,» había dicho el doctor. Si aquel loco deseaba creer que su suegro fingía una falsa invalidez, allá él.

—Le encerraré. Pero ¿qué gana usted con ello?

—La vida, Jack. Dolin ha preparado la fuga de Tommy. Yo sé que alguien tiene interés en que el chico salga en libertad y lo ha convenido con Dolin. Pero éste juega muy sucio. Piensa que Tommy vendrá a verle antes de marchar a Méjico. Y quiere que cuando llegue aquí yo esté muerto y las culpas de mi muerte recaigan sobre Tommy.

—Es posible... —admitió, burlón, Jack—. Déme el dinero.

Simmons fue en busca del oro. Jack Ulm tuvo la impresión de haber oído moverse a alguien en el pasillo; pero cuando se asomó a él no vio a nadie.

—Toma —dijo Simmons al volver—. Mil dólares y este papel para el dueño del garito.

Jack cogió ambos.

—Los billetes son más prácticos —dijo.

—Pero llevan número y dejan un rastro. Adiós. No se te ocurra pelear con Tommy.

Jack movió negativamente la cabeza.

—Adiós y... buena suerte.

Ulm se dirigió al vestíbulo. De la percha colgaban su chaqueta y el cinto canana con los dos revólveres enfundados. Antes de ponerse la chaqueta cogió el cinturón, y apenas lo tuvo en sus manos advirtió la falta de uno de los Colts de nuevo modelo que llevaba desde un mes antes.

Quedó unos momentos en el vestíbulo con el cinturón entre las manos. ¿Quién le había podido quitar el arma? ¿Para qué?

Recordó las palabras de Simmons. ¿Y si Abe Dolin no estaba paralítico? Sería una cochina jugada que, junto al cadáver de Simmons, apareciese uno de sus revólveres. No era ninguna novedad en Los Angeles que él había estado enamorado de Kate. No habiendo asistido a la boda demostraba que estaba disconforme con ella, que le molestaba o le dolía. Y al mismo tiempo, ¿quién, sino él, podría matar a Simmons?

Dirigióse al cuarto de Abe Dolin y, sin llamar, entró en la habitación. Kate se volvió, asustada por lo brusco de su entrada.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Jack observó la escena. Su padre adoptivo aun no se había acostado; pero ya estaba en camisón, sentado en el borde de la cama. Kate no se había dado mucha prisa.

—¿Qué quieres? —preguntó a su vez el señor Dolin.

—Un revólver que está donde no debiera estar —contestó Jack.

Kate se llevó los puños a los ojos.

—¡Por favor, déjamelo! —pidió.

—¿Qué dices? —preguntó Jack, asombrado ante el brusco cambio de sus ideas.

—Te lo quité yo. No quiero quedarme sin armas frente a ese hombre. Le odio... ¡Oh, Dios mío, perdón!

—Hija mía..., dale el revólver a Jack —ordenó Dolin—. Dáselo!

—Es que...

—¡Dáselo! ¡Te lo mando!

Kate obedeció. De debajo de la ancha falda sacó el Colt «Fronterizo» que habíale quitado a Jack y se lo devolvió.

—Toma —dijo, con ahogada voz.

Jack observaba los desnudos pies de su padre adoptivo. Ni un movimiento, ni un signo de vida. Abe Dolin no podría salir de aquella habitación por sus propias fuerzas. Enfundando el Colt, Jack deseó:

—Buenas noches.

Cuando iba a salir, Kate musitó:

—Saluda a Estella.

Jack estuvo a punto de quedarse. Hubo un tiempo en que la hija de Abe Dolin fue dueña de todo su amor. Pero desde entonces habían ocurrido muchas cosas. Entre otras, Kate se había enamorado del hombre cuyo padre había matado al de Jack. Entonces él dejó de quererla, tal vez porque nunca la había querido tanto como llegó a imaginar. Luego conoció a Estella, y desde aquel instante deseó ser rico para llevarse a la joven a un lugar decente. Y ahora, pensando en la mujer que esperaba en el «Ferrocarril,» Jack decidió olvidarlo todo, desentenderse de los problemas de su familia adoptiva y construir su vida sobre una base más sólida, y a ser posible, escapar de Los Angeles.

—Adiós —repitió.

Antes de salir miró de nuevo a Kate, en cuyos ojos se pintaba opacamente el abatimiento y desánimo de una situación desesperada.

—Nadie te obligó a la boda.

—Nadie —musitó Kate; pero cuando Jack salió del cuarto, sus ojos se volvieron hacia su padre.

—¿Conoces la verdad? —preguntó Dolin, sin levantar la cabeza.

—No, papá.

—Entonces... ¿por qué aceptaste por marido a tu tío?

—Porque te he visto vencido por él, cediendo a todas sus exigencias. Sé que ha de existir un gravísimo motivo para que tú te entregues a semejante hombre. Si yo puedo evitar mayores males...

—Te diré... —empezó Dolin.

—¡No! —pidió su hija—. No me digas nada. Prefiero no saber.

—Pero le quitaste un revólver a Jack. ¿Para qué?

—Si yo nada te pregunto, ¿por qué no respetas tú mi silencio?

—¿Le has dicho la verdad a fray Anselmo?

—No. El casamiento ha sido una farsa. He mentido antes y después, pero no me importa, papá.

—Tu madre hizo de ti una buena creyente, Kate. Aun queriendo condenar tu cuerpo, no tienes derecho a hacer lo mismo con tu alma. Tu cuerpo es tuyo; pero tu alma...

—Ella responderá de sí misma cuando llegue el momento. Tengo fe en el Juez que ha de juzgarla.

—Eres mi hija y mi cobardía se humilla ante tu valor. Pero a veces el valor no es suficiente. Ahí... —señaló hacia la mesita de noche—. Ahí encontrarás lo que necesitas.

Kate abrió el cajón.

—Debajo de los pañuelos —indicó su padre.

La joven levantó los blancos pañuelos y debajo de ellos vio un Colt del mismo modelo que los de Jack.

—¿Para qué lo guardas? —preguntó, volviéndose hacia su padre y mirándolo con dilatados ojos.

Abatido, avergonzado, Dolin contestó:

—Para algo que no he tenido valor de hacer. Me daba miedo emplearlo contra mí. Me daba miedo colgarme de una horca si lo empleaba contra él.

—¡No digas eso, papá! —rogó Kate, arrodillándose junto a su

padre.

—Es la verdad. Cuando tenía el cuerpo rebosante de vida, no me daba miedo exponerla. Es como si manejásemos un objeto de hierro. En cambio, cuando pasa el tiempo y advertimos lo fácil que es perder la vida, entonces es como si en vez de ser un objeto de hierro fuera de fragilísimo cristal, que se nos puede quebrar entre las manos. ¡Perdóname!

—¡No digas eso, papá! Te comprendo. Ahora acuéstate.

Dolin obedeció. Su hija levantó sus piernas hasta la cama y luego le arregló el embozo.

—Gracias —dijo Abe, acariciando la cabeza de la muchacha.—. ¡Si tú supieras cuántas noches he cogido ese revólver y he apoyado el cañón contra mi pecho!... ¡Y no he tenido fuerzas para apretar el gatillo!

—Habría sido horrible, papá.

Kate besó a su padre en la frente, apagó la lámpara y, antes de salir, pidió:

—No te atormentes. Descansa.

De la oscuridad le llegó un ronco sollozo, de esos que un hombre se arranca del pecho como si fuesen pedazos de su carne.

CAPITULO III

PALOMA Y GAVILÁN

Una vez fuera, Kate corrió suavemente el cerrojo de la puerta.

Desde el vestíbulo, Simmons, que la observaba, sonrió.

—Gracias, Kate —dijo cuando su mujer llegó al vestíbulo—. Prefiero que seas tú quien cierre la puerta. Jack se comprometió a hacerlo; pero no pudo, ¿verdad?

—Le pedí que se marchase a ver a Estella.

—¿Conoces sus amores?

—Sí.

—Me alegro de que no pueda ser mi rival. ¿Vamos?

Kate asintió muy despacio, con la cabeza.

Seguida por su marido, dirigióse al cuarto donde Simmons había hecho instalar el magnífico dormitorio adquirido en San Francisco. Era una estancia muy amplia, resultante del derribo de un tabique divisorio de dos habitaciones. Desaparecido el tabique, las dos habían formado una sola habitación: la más grande de la casa.

La cama, puro estilo colonial, con magnifico dosel adornado con blancas cortinas de encajes, ocupaba el extremo central del aposento. El resto de los muebles, del mismo estilo, repartíanse por el cuarto.

Kate entró en él rígidamente, sintiendo una violenta tensión en cada una de las articulaciones de su cuerpo. Detrás notaba la presencia de su marido.

De pronto dio una corta carrera, y al llegar junto a la cama se volvió hacia Simmons, apoyando la espalda en una de las columnas que sostenían el dosel. De donde la había guardado sacó la pistola de su padre y levantando el percusor apuntó el arma contra Joel Simmons.

—¡No se acerque más! —ordenó.

Simmons se detuvo unos tres metros de su mujer.

—¿Qué pretendes?—preguntó, lívido y tembloroso.

—¡Si da un paso, disparo!

Simmons obedeció. Estaba asustado. Pero aún intentó amenazar.

—Si faltas a nuestro pacto, yo no estaré obligado a cumplir mis promesas, Kate.

—Yo no he faltado a ningún pacto, señor Simmons. Soy su esposa.

—Pero... ese revólver...

—Soy su esposa, señor Simmons. Civilmente. Pero nada más. Usted no pidió otra cosa.

—¡Pero se entendía...! —gritó Simmons.

—Usted sólo me pidió: «Cásate conmigo, Kate, y juro que tu padre no sufrirá ningún daño que yo pueda evitarle.» Yo sabía que sólo usted podía hacerle daño, y que por eso era también el único que podía evitarle disgustos. Acepté la boda. Soy su esposa. Ante los hombres estoy dispuesta a seguirlo siendo. Ante Dios no lo seré nunca.

—No eres capaz de usar ese revólver, Kate.

—¿Por qué?

—Porque sabes que no juegas limpio. Tú sabes lo que yo deseaba cuando te pedí que te casaras conmigo. No puedes alegar ignorancia ni decencia al hacer lo que haces.

—¿Sabe usted acaso lo que es decencia y nobleza, señor Simmons? —preguntó Kara. Despectiva, agregó—: Si nunca las ha conocido, ¿como puede identificarlas? Salga de esta habitación. Márchese donde quiera. Si ninguna mujer le ha querido por sus cualidades, convénzase de que no las tiene.

Simmons notaba en su alma lo ridículo de aquella situación. Pero le faltaba valor para dar un paso más hacia el negro ojo de acero que le miraba desde las firmes manos de Kate. Hubiera querido ser capaz de avanzar hacia la joven, de ser insensible a las balas que se fueran hundiendo en su carne, de estrujar contra su pecho a aquella mujer que era dueña de todos sus deseos y pasiones y los despreciaba como si se tratara de algo infecto y repugnante.

—Perdóname —mendigó—. Haz de mí lo que quieras, Kate. Seré tu...

—¡Márchese! No me obligue a que, además de odiarle, también le desprecie.

—Soy muy rico, Kate. Tengo mucho más dinero del que tú imaginas. Te lo daré... Serás la dueña de todo lo que es mío.

—¡Salga de aquí! —gritó Kate, apretando los dientes—. ¿Cómo puede ser tan bajo y rastrero? ¿Es que no se da cuenta de que su presencia, su cara, su cuerpo, sus ojos y todo en usted me produce náuseas? ¡Márchese, viejo!

Simmons dio un paso atrás. Ahora le temblaba la mandíbula y en sus ojos ardía una llama homicida.

—Te veré humillada a mis pies, Kate. Y no tendré piedad de ti.

—Cuando yo se la pida, nieguémela, señor Simmons.

—Puedes pedir piedad por tu padre y también por Tommy. A Gómez le puedo hacer todo el daño que ahora te deseo a ti. No conseguirás tus propósitos. Ni realizarás tus sueños.

—Márchese, tío Joel. He amado a Tommy y ya no le sigo queriendo porque le respeto demasiado y sé que él es un caballero, incapaz de aceptar el amor de una mujer casada. El me despreciaría si supiese que amándole a él me comprometí a casarme con usted.

—¡Cuando le viste ante la iglesia casi te desmayaste —sonrió Joel, que ya había retrocedido hasta la puerta—. Pensé que le querías y he preparado su fuga. Podrá huir de Los Angeles y volver a Méjico. Y cree que volverá contigo. Y esta noche te irá a buscar, Kate. Y en vez de encontrarte a ti, encontrará seis balas de plomo. Buenas noches. Mañana te desayunarás con una alegre noticia. ¡Ja, ja, ja!

La estridente y forzada risa de Joel vibró con creciente fuerza en los oídos de la joven, que, rígida, inmóvil, como petrificada, miraba a Simmons. Las carcajadas de éste le fueron invadiendo el cerebro, llenándolo como si fueran algo sólido metido a presión. Al fin, Kate, deseando acallarlas con un ruido mayor, apretó el gatillo del Colt y, a través de la sofocante humareda del disparo, vio cómo del quicio de la puerta saltaba una lluvia de astillas contra el rostro de Joel Simmons, que, lanzando un chillido de terror, saltó hacia atrás y huyó por el pasillo.

Kate precipitóse hacia la puerta y la cerró de golpe, con llave y cerrojo. Ya no oía las carcajadas de su tío. Ahora sólo escuchaba los aldabonazos de su corazón, que le latía en los oídos, en las sienes y en la garganta.

Muy lejana y débil oyó una nueva voz. La de su padre.

—¡Kate! ¡Kate! ¡Hija!

Era el angustiado grito de quien no podía hacer nada por ella.

—¡Papá! —gritó la Joven, con los labios pegados a la puerta— ¡Papá! ¡Estoy bien! ¡He disparado yo!

Lo repitió varias veces para calmar la angustia del inválido encerrado en su habitación, preso de sus inmovilizadas piernas. Y su

voz llegó siempre a los oídos de Joel Simmons, que en el vestíbulo se había detenido un momento a sacar, del arcón cuya llave guardaba, un rifle de pequeño calibre, que disparaba unas balas que eran como agujas.

Con el rifle alemán en la mano, abrió la puerta. Salió de la casa y fue rodeando el edificio, en busca de una de las ventanas del dormitorio que había hecho arreglar para su noche de boda.

Aun no sabía lo que iba a hacer. Las ideas salvajes y canallescas se sucedían vertiginosamente en su cerebro. Entre su amor y su pasión por Kate se estaba levantando un muro de odio.

Llegó a la ventana, y empinándose sobre la punta de los pies vio a su mujer, con la mejilla pegada a la puerta, contra la cual apoyaba también las manos. Una, abierta como una blanca flor. La otra, empuñando todavía el negro revólver.

—¡Maldita —jadeó—. Aunque sea muerta, he de...

Levantó el rifle, y ya iba a encaramarse a un bloque de piedras que servía de asiento, cuando una voz preguntó:

—¿Le ayudamos, señor?

Simmons hubiera lanzado un agudo chillido de no cerrar su garganta el denso tapón del miedo. Quedó con la boca abierta y las piernas flojas, sostenido por los puños de dos hombres que llevaban el rostro parcialmente cubierto con grandes pañuelos.

—¿Te parece manera de ir a visitar a la novia? —comentó el otro que cogía a Simmons.

—¡Seguro que es costumbre moderna! —dijo el que había hablado primero—. Ni al diablo se le ocurren las cosas que inventan estos yanquis.

—Traedlo hacia aquí —ordenó una voz desde la oscuridad.

Simmons fue arrastrado hacia un grupo de árboles, entre los cuales vio a un hombre de pie junto a un caballo. La luz de la ventana del cuarto de Kate daba tenuemente en su rostro, revelando el negro antifaz que lo ocultaba.

—¡No me mate, señor «Coyote»! —gimió el tío y marido de Kate.

—¿Qué le parece el viejito, patrón? —preguntó uno de los dos hombres—. ¡Ahí donde lo ve, y está «tan muchacho,» que piensa conquistar a la novia como si fuese un pavito bien cebado! ¡Con rifle y todo!

—Seguro, patrón —dijo el otro.—. Entrando por la ventana, ni más ni menos que si fuese el «mero» don Juan Tenorio dispuesto a robarse una monja.

—¿No es un poco raro su sistema de entrar en la alcoba, señor Simmons? —preguntó el «Coyote.»

Cogió el rifle y lo examinó críticamente.

—Bonito juguete —comentó—. No me diga que le quería explicar a la novia cómo se maneja.

—Sa... salía... —Simmons no encontraba las palabras necesarias para explicar su mentira—. Oí pasos... Pensé que alguien rondaba la casa...

—Oyó un disparo, ¿no? —preguntó el «Coyote»—. Nosotros también lo oímos.

—Sí... eso fue. Un disparo y... —Simmons sudaba copiosamente—. Como ya había ocurrido lo de la fiesta...

—¡Qué «bragao» el novio, patrón! —comentó uno de los hombres del «Coyote»—. A mí me habría dado miedo salir con un juguete así a ver qué liebre rondaba por los alrededores.

—Sí, realmente hace falta mucho valor para salir de casa sabiendo que fuera hay alguien armado con un revólver lleno de balas ansiosas de morderle a uno.

—¡Y dejando a la pobre noviecita sola en el cuarto, sin nadie que la defienda y en gran riesgo de quedar viudita! —rió el otro ayudante del «Coyote.»

—Pero la dejó bien armada, tonto. —dijo el enmascarado—. La dejó con un Colt del cuarenta y cinco y la puerta cerrada por dentro.

—A lo mejor, patrón, quiso alcanzar a la palomita y ésta le dio un picotazo, y todo eso de que salió a cazar coyotes son «puritas habladas,» y a lo que salió el «muy» fue a pegarle un plomazo a su «mera esposa.»

—Eso me parece a mí —replicó el «Coyote»—. Creo que lo mejor será que nos llevemos a este gavilán a un sitio seguro. Vamos, señor Simmons.

—¿Qué van a hacer conmigo? —.preguntó, aterrado, Simmons.

—Lo que usted nos obligue a hacer. Ni más ni menos. Si se porta como un ser inteligente no le sucederá nada malo y mañana podrá volver a intentar la conquista de esa fortaleza, que se defiende con un cuarenta y cinco de seis tiros. Pero le advierto que tendrá cerca a alguien que no le profesa ninguna simpatía, y que si usted le da motivo acudirá en defensa de su mujer, señor Simmons.

Acercándose a la ventana del cuarto nupcial, el «Coyote» tabaleó suavemente en los cristales con las uñas.

Al oír la llamada, Kate se volvió, lanzando un grito de terror, y bajando la mano derecha disparó por segunda vez, dibujando una estrella en el cristal, en el punto exacto donde hubiera estado la cara del «Coyote» si éste, habiendo previsto la reacción de la novia, no se hubiera apartado a tiempo.

Como Kate Dolin seguía frente a la ventana, con el revólver amartillado y los ojos atentos a cualquier otra alarma, el «Coyote» decidió en voz alta:

—Es mejor no discutir con ella. Además, parece muy capaz de defenderse.

Volvió junto a sus hombres y ordenó:

—Vamos. Esa palomita tiene pico y garras de gavilán.

CAPITULO IV

ESTELLA

Kimberley observó irónicamente a Jack cuando éste entró en el garito. El gerente del «Ferrocarril» era de estatura mediana, rostro afilado, cabello rubio oscuro, escaso y suavemente rizado. Tenía los ojos muy claros, tanto que, según cómo daba en ellos la luz, parecía como si sus cuencas estuviesen vacías. Hubiera sido un hombre

atractivo si sus ojos hubieran sido más oscuros y sus labios menos finos y pálidos. Vestía de oscuro, discretamente, sin exhibir ninguna joya. Sus manos eran finas, afiladas, flexibles; manos de tahúr, capaces de escamotear una carta ante los ojos del más suspicaz grupo de adversarios.

—¿Qué tal, señor Ulm? —saludó—. No le esperábamos esta noche por aquí.

—Hola, Kim —replicó el recién llegado—. Me aburría y pensé que tal vez la Suerte estuviera cansada de volverme la espalda. Traigo mil dólares y... esto.

Jack tendió a Kimberley el papel que le entregara Simmons. El gerente del garito jugueteó con el papel unos instantes, después de haberle echado una indiferente mirada.

—Esto puede darle suerte —dijo, por fin, sin mirar a Jack—. Hay unos forasteros que necesitan un quinto para una partida de «póker» sin límite en la puesta. Tendrá que jugar en un reservado. ¿Me comprende?

—Creí que en esta casa no se ponían riendas a la Suerte —observó Jack.

Kimberley le dirigió una breve e inexpresiva mirada.

—Nuestras ruletas, nuestro faraón, nuestro «chemin de fer,» nuestros dados y nuestro «póker» de puesta limitada son limpios y honrados, señor Ulm. Todo cuanto es público reúne las mayores garantías; pero si alguien quiere ganar demasiado... Los reservados están para eso. ¿Le interesa?

—¿Por qué no? —replicó Jack—. Lo que me interesa es el dinero. ¿Dónde están ese reservado y esa partida?

—Le acompañarán; pero antes... debe dejar la ferretería en el guardarropa —y Kimberley señaló con el índice el cinturón canana.

—¿Por qué? —preguntó Jack—. Nunca me lo habían exigido.

—No nos importa que nuestros clientes vayan armados cuando juegan en la sala; pero en los reservados es distinto. En cierta ocasión tuvimos que sacar de uno de ellos con pala y espuerta a cinco jugadores que se metieron allí con todo el armamento. Se hicieron pedazos y nos dieron tina lamentable publicidad. Le aseguro que los

demás también han sido oportunamente desarmados. Ni un cortaplumas les hemos dejado.

Jack se quitó el cinturón con los dos revólveres y lo dejó en manos de la encargada del guardarropa a cambio de una plaquita de cobre. Luego siguió a Kimberley a través de la concurrida sala adornada con alegorías ferroviarias.

Desde una de las mesas de «póker,» una mujer le miró, asombrada. Jack hizo intención de ir hacia ella; pero la fría voz de Kimberley le contuvo:

—La señorita Estella está trabajando —dijo— Más tarde tendrá oportunidad de hablar con ella, a menos que prefiera jugar a la vista de todo el mundo.

—Está bien —cedió el joven, haciendo un esfuerzo por dejar de mirar a Estella, cuyos verdes ojos seguían ansiosamente fijos en él—. Supongo que nadie me la quitará.

La despectiva sonrisa que flotó un momento sobre los finos labios de Kimberley pasó inadvertida para Jack, que observaba, rencorosamente, al joven César de Echagüe y Acevedo, que, sentado junto a Estella, decía algo que hizo reír contra su voluntad a la muchacha.

Los jugadores reunidos en el reservado acogieron alegremente la llegada del que completaba el grupo. Jack sólo conocía a uno de ellos, un tal coronel Allerton, de Georgia, veterano, según afirmaba, aunque muchos lo dudaban, de las filas confederadas. Los otros tres eran forasteros. Uno de Kansas, otro de Montana y el tercero de Oregón. Estaban llenos de dinero y parecían ansiosos de librarse del exceso de oro.

—Ahora les traerán licores —anunció Kimberley— Ahí tienen barajas nuevas. Si necesitan algo más pídanselo al camarero, ¡Buena suerte a todos!

Saludándolos con un ademán, Kimberley salió del reservado. Al cerrar la puerta corrió un cerrojo de acero bien engrasado, encerrando a los cinco jugadores.

Cuando se dirigía al guardarropa le alcanzó Estella.

—Hola, hermosa —saludó el tahúr—. ¿Se terminó la partida?

Estella era de regular estatura, más bien baja, bien proporcionada, con el esqueleto tan bien cubierto que, de tener la osamenta más desarrollada, hubiese resultado gruesa. Su cabecita estaba coronada por una sedosa y castaña cabellera, peinada hacia arriba, cubriendo unas bien dibujadas orejas adornadas con dos esmeraldas. Su escotado traje dejaba ver un sonrosado cuello en el que brillaba un collar de oro, perlas y esmeraldas.

—¿Qué vas a hacer con él, Kim? —preguntó.

—No te preocupes, hermosa. Está seguro. Saldrá cargado de oro y podrá agregar a tu colección algún guijarro de estos —y golpeó con el índice una de las esmeraldas del collar.

—No seas demasiado duro con él, Kim.

—No pretenderás que sea tan suave como tú.

—¿Qué importa lo que él sienta hacia mí, Kim? —preguntó Estella.

—Sus sentimientos me tienen sin cuidado, hermosa. Pero, en cambio, los tuyos me preocupan bastante. Soy jugador de ventaja. No me gusta perder lo que es mío.

—Nada perderás, Kim. Tú y yo somos de un mismo barro. Pero a ti también te gusta que ,te traten como si fueses un caballero. Y a veces, te has portado noblemente.

—En el hombre la nobleza tiene un límite, Estella. Por ti soy capaz de todo, menos de dejar, caballerescamente, que otro hombre me quite a la mujer que es mía.

—Jack me ha tratado siempre como a una dama. Tú siempre has odiado a quienes se portaron conmigo groseramente.

—Pero odié infinitamente más a los que se portaron con demasiada corrección. Sé que ningún patán emborrachado de whisky y dinero encontrará la llave de tu corazón, Estella. Pero con palabras lindas y frases poéticas se te puede ganar muy fácilmente. También yo he soñado proyectos parecidos a los de ese mozo. Cuando reúna lo que necesito, tú y yo nos iremos al Este, a vivir como personas.

—Te creo, Kim —murmuró Estella, tratando de dar a sus palabras el acento de verdad que presentía les faltaba—. ¡Ojalá sea pronto!

—Lo será —replicó, firmemente Kim, cuya vanidad le impidió

advertir lo que Estella temía—. Vuelve a la mesa. Y no te rías cuando Echagüe te diga cosas estúpidas.

—¡Es un chiquillo! —exclamó Estella.

—Si se parece a su padre hace años que dejó de ser un niño. Su mirada ha crecido más que él. Ya es totalmente adulta. ¡Cuidado!

—La hierba verde no da fuego, Kim.

—Ya lo sé, hermosa. No da fuego; pero a veces apaga fuegos que otros encendieron. ¡Cuidado! No quiero ponerme a mal con los poderosos Echagüe.

—Me acabas de ofender, Kim. Tu desconfianza...

—Nace de mi amor, como el humo nace del fuego. No te fijes en los defectos. Mira las causas. Y vuelve a la mesa. Haces falta.

Kim volvió a acariciar las esmeraldas de Estella. Luego dirigióse al guardarropa y pidió:

—Dame ese sombrero y esos revólveres.

La encargada vaciló sólo un momento antes de obedecer; pero su asombro aún duraba cuando, tres minutos después de haber salido Kimberley, Estella llegó al guardarropa, preguntando:

—¿Adonde ha ido Kim, Sara?

—No lo sé... De veras que no lo sé —respondió la mujer.

—Sara. Nunca te he pedido nada en pago de lo que tú sabes. Tampoco te lo pido ahora, pero debes decir me la verdad.

—Es que... —La gruesa encargada del guardarropa no sabía qué hacer con las manos—. Es muy expuesto, señorita. El señor Kimberley me mataría.

—Tal vez sí; pero no te hará nada si lo que tú sabes también lo sé yo. Creo que si lo que conoces le puede perjudicar, no vacilará en matarte, Sara; pero a mi no me hará ningún daño.

—Desde luego, señorita; pero yo tendré que recibir todos los golpes que él no se atreverá a darle a usted.

—Para hacerte daño a ti tendría antes que hacérmelo a mí. ¿Qué ha

hecho?

Sara se rindió sin más condiciones.

CAPITULO V

ORDEN DE LIBERTAD

El carcelero examinó por ambos lados la orden de libertad.

—¿Le parece falsa? —preguntó el comisario.

—No, Pepe, no me parece falsa. He visto demasiadas para no conocerlas; pero... a estas horas... ¿Por qué no esperáis a mañana?

—Yo no he de esperar a nadie —replicó José Rodríguez, comisario de Teodomiro Mateos—. Habla con el preso, y si él quiere pasar otra noche aquí, puede hacerlo; pero sí prefiere pasar la noche en la Posada, allí le han reservado habitación sus amigos.

—Creí que los mejicanos ya no tenían amigos en California —comentó el carcelero, aceptando la petaca de Pepe y liando un cigarrillo.

Rodríguez lanzó una bocanada de humo hacia el techo.

—Quedamos pocos y tenemos que ayudarnos. Cuando éramos muchos procurábamos fastidiarnos. Parece una tontería; pero es verdad. Así ocurre y así ha ocurrido siempre. Es como en el extranjero cuando te encuentras con un compatriota: le convidas a beber y le abrazas. En cambio, cuando le encuentras en tu propio país procuras quitarle la bolsa. En este caso, los amigos de Gómez son todos gente importante. Don Goyo, los Hidalgo, los Echagüe. La vieja guardia. Al fin y al cabo, el padre de Gómez murió en Chapultepec defendiendo Méjico y California.

—Cuando él murió ya todo estaba perdido —observó el carcelero —. Se pudo ahorrar la molestia. Y a mí podrían ahorrármela escogiendo otras horas para liberar a un detenido.

—Explícaselo al juez. El tiene la culpa de que no haya venido antes. Dijo que firmaría en seguida la orden de libertad; pero luego se entretuvo en no sé cuántas cosas hasta que al fin don Goyo por poco le

pega un tiro.

El carcelero se encogió de hombros.

—Iremos a darle la noticia al detenido —dijo.

Cogió las llaves y abrió la reja que conducía a las celdas de los presos, situadas a ambos lados de un ancho pasillo.

—Gómez, traigo orden de libertad para ti —anunció el carcelero, deteniéndose frente a la celda del joven y golpeando los barrotes con la llave.

Tommy estaba echado en el duro camastro, con las manos cruzadas bajo la nuca.

—¿Me oyes? —preguntó el carcelero, al no recibir contestación.

—Sí —respondió Tommy Gómez—. ¿Por qué se me deja en libertad?

—Hace tiempo que se anuló la orden de detención —dijo Rodríguez —. Pero el sheriff no lo sabía y hubo que buscar los documentos.

—¿Por qué no se ha esperado a mañana?

—Para ahorrarle la molestia de pasar una noche en la cárcel.

—Pero si prefieres quedarte aquí... —rió el carcelero.

Tommy se incorporó, bostezando.

—No —dijo—. Prefiero salir esta noche.

—¿Sabe que esta tarde, durante el banquete, alguien estuvo a punto de volarle la cabeza al novio? —preguntó Rodríguez.

Tommy hizo un gesto afirmativo, aprovechando el momento de recoger lo poco que había llevado consigo hasta la celda para ocultar su expresión.

—Me lo contaron —se limitó a decir, mientras se ponía la corta chaqueta de ante.

El carcelero abrió la reja para que saliese Tommy. Los demás detenidos habíanse levantado y mientras unos observaban con envidioso silencio la puesta en libertad de su compañero, los otros le

despidieron alegremente.

— ¡Suerte, muchacho!

—¡Que no te veamos nunca más por aquí!

Tommy les saludó con la mano. Al salir del departamento de celdas aguardó a que salieran el comisario y el carcelero.

—¿Me dan lo mío? —preguntó.

—Hasta mañana no podrá ser —explicó el carcelero—. El señor Mateos guarda la llave de la caja donde están las cosas que pertenecen a los presos.

—Si es por el hospedaje, no se preocupe —indicó Rodríguez—. Todo está pagado.

—Me interesaban más las armas —contestó Gómez— ¿Me pueden prestar alguna?

—Yo le acompañaré hasta la posada —dijo el comisario—. Una vez allí, sus amigos le podrán prestar lo que necesite.

—¿Amigos? —Tommy se encogió de hombros—. No conozco a ningún amigo mío. Adiós. Supongo que mi caballo no estará dentro de la caja de caudales, ¿verdad, carcelero?

—No. Está en la cuadra. Buena suerte, Gómez. Y. créeme, no olvides aquello de que un clavo saca otro clavo. Otro amor...

—Estoy seguro de que hubiera sido usted un gran filósofo —interrumpió Tommy—; pero ya que prefirió ser carcelero, no cambie de oficio.

—Perdona si me he metido donde no me llamaban —refunfuñó el carcelero—. Creí que te iba a hacer un favor.

—Gracias por la buena intención —sonrió Tommy—, pero ya puede comprender que si vine desde Méjico al enterarme de que ella se iba a casar, no lo hice impulsado por un amor de esos que se olvidan con otro cariño.

—Tiene razón, señor Gómez —dijo el comisario— Cuando uno se enamora de verdad es como si se tragase un anzuelo. Si sale del cuerpo será puro milagro

—Entonces..., ¿por qué no mataste al novio? —preguntó el carcelero.

—¿Y casarme luego con la viuda? —preguntó Tommy.

—Es verdad —refunfuñó el otro.—. Estaba seguro de que había dado con la solución. Adiós, Tommy. Que tengas suerte.

—Gracias.

Salieron de la cárcel y el comisario propuso:

—¿Quiere que recoja su caballo y usted me aguarda aquí, entretanto? Yo sé dónde está la cuadra.

—Como quiera —replicó, indiferente, Tommy.

Quedó apoyado contra la pared, bajo el alero del tejado, protegido por la oscuridad. Sólo se oían los pasos de José Rodríguez en dirección a la cuadra.

Tommv contemplaba la noche, el estrellado cielo, la vacía calle, las lejanas luces de los barrios donde la gente iba a divertirse. Luego observó cómo Teodomiro Mateos se dirigía a la cárcel. El «sheriff» caminaba por el centro de la calle, precedido por su propia sombra.

Cuando Mateos iba a entrar en el edificio, Tommy le llamó.

—Señor Mateos, me alegro de que haya llegado...

—¿Eh? —gritó el «sheriff,» sobresaltado por la inesperada llamada del joven, cuya presencia no había sospechado.

—Quería pedirle mis armas —siguió Tommy.

—¡Ah! ¿Eres tú, Gómez?

Mateos fue hacia donde estaba el joven, al mismo tiempo que José Rodríguez, después de ensillar el caballo del mejicano, en lo cual había invertido bastante tiempo, salía de la cuadra.

El chirrido de las bisagras del portón de la caballeriza se mezcló con las detonaciones de un revólver, cuyos fogonazos reflejáronse en los cristales de la casa frontera al callejón donde estaba la cuadra de la cárcel. Apenas cesaron las detonaciones se oyó una acelerada fuga.

Mateos y Tommy corrieron hacia la cuadra; José Rodríguez estaba

de bruces en el polvoriento suelo, inmóvil, con las manos planas y a la altura de la cabeza. Su inmovilidad y silencio explicaban claramente que la vida había huido de aquel cuerpo.

El «sheriff» había empuñado el revólver; pero el autor de la agresión estaba ya demasiado lejos para que Teodomiro Mateos pudiese hacer nada contra él.

—¡No me explico el porqué de esto! —gruñó, guardando el revólver y regresando junto al muerto—. Pepe no tenía ninguna malquerencia de nadie. —Se rascó la cabeza mientras oía acercarse a los curiosos y al carcelero—. Sin embargo, algo malo le deseaban cuando le metieron seis balas en el cuerpo.

La violenta respiración, largamente contenida, de Tomás Gómez hizo volver la cabeza a Mateos.

—¿Qué te ocurre, Gómez? —preguntó.

—Que yo sé contra quién disparó el que lo hizo contra Pepe. Pensó que era su amo quien sacaba al caballo.

—Tal vez —murmuró Mateos—. ¿Supones que tiraron contra él porque lo confundieron contigo?

—¿Cómo, si no? Su sombrero era como el mío. Y de noche todos los gatos son pardos.

—¿Quién iba a quererte ningún mal, muchacho? —replicó Mateos, con voz no muy segura—. ¡Si desde que llegaste todo el mundo se ha puesto de tu parte para que te soltáramos y olvidásemos lo que se supone que hiciste cuando mataron a Hart!

—Yo sé dónde he de encontrar al que disparó, señor Mateos. Déme mis armas y déjeme resolver mis asuntos y enterrar a mis muertos.

—¡ Maldita sea! —gritó Mateos— ¡A ver si de una vez te enteras de que en Los Angeles nadie mata a nadie si a mí no me da la gana! ¡Yo soy el amo!

—¡Muy bien, hombre! Por esta vez también estamos de acuerdo.

La voz llegaba del callejón de la cuadra y salía de debajo de un negro sombrero mejicano, rozando los bordes de un antifaz de seda.

—¡El «Coyote»! —gritaron infinidad de veces, mientras se producía

una desordenada fuga en todas direcciones.

Sólo quedaron Mateos, Gómez, el muerto y el «Coyote.»

—¿Es cosa suya? —preguntó Mateos, señalando el cadáver de su comisario

—No, hombre; Mateos, no. Y siento lo ocurrido. Me era simpático ese Pepe. Lo que debe hacer es encerrar a Tomás en la celda donde lo tenían, que es donde está más seguro. ¿A qué colección de idiotas se le ha ocurrido sacarlo de la cárcel?

—A sus amigos don Goyo, don César y unos cuantos más —explicó Mateos.

—¡Parece que hayan nacido ayer! —comentó el enmascarado—. ¿Cómo no se dan cuenta de que el lugar más seguro para Gómez es la cárcel? Pero si está la ciudad llena de gente con ganas de darle gusto al dedo contra el muchacho! Enciérrelo y busque al autor de los disparos. Si lo puede encontrar, lo encierra también.

—¡A mí no me encierra nadie!... —gritó Tomás Gómez.

Al mismo tiempo se precipitó hacia la calle por donde había huido el autor de la agresión; pero antes de que hubiese recorrido diez metros, el «Coyote,» espoleando su caballo, cayó sobre él y, sacando el pie derecho del estribo, pegó un enérgico puntapié en el cuello del fugitivo, que, sin aliento y sin sentido, se derrumbó bajo el caballo del «Coyote.»

Mateos presenció la reacción del «Coyote,» y sin poderse dominar, pensó que ya era hora de poner fin a las intromisiones del enmascarado. Sin reflexionar, desenfundó su revólver y disparó al cuerpo del «Coyote,» al tiempo que éste se volvía para decirle que detuviese a Gómez.

Teodomiro Mateos no sabía si el respingo que habla dado el «Coyote» debíase al impacto de la bala o al sobresalto de oírla silbar muy cerca Lo que sí comprendió en seguida era que el «Coyote,» herido o no, conservaba todas sus energías. Y además, ya tenía en la mano un Colt, en cuyo punto de mira destellaba la luz de una estrellita. El «sheriff» soltó su revólver y levantó las manos. Frente al «Coyote,» las manos vacías eran más útiles que llenas de armas.

—Esto no me ha gustado, Mateos — dijo con ronca voz el «Coyote»—. Disparar a traición es una cobardía. Creí que después de

tanto tiempo de luchar el uno contra el otro habíamos acabado por ser un poco amigos...

—Le aseguro que no sé por qué lo hice —susurró Mateos—. Perdí la cabeza y... —Y a pesar de haberla perdido pensaste en la recompensa, ¿no? Y como dicen que yo te ayudé a ganar las elecciones, aprovechabas también la oportunidad para hacer méritos.

—Puede que sí. Máteme. Lo merezco.

—Desde luego. Mereces que te meta unas balas en el vientre; pero todo se andará a su debido tiempo. Has cometido un error, Mateos. Has dejado que la codicia asome a flor de piel Te dejaré un recuerdo, y cuando volvamos a encontrarnos olvida que he llegado a sentirme amigo tuyo. Dispara lo más de prisa que puedas. A lo mejor, antes de morir consigues hacer dos disparos.

El «Coyote» apretó el gatillo de su revólver, y Mateos sintió contra su oído el brusco zumbido de la bala a la vez que experimentaba la sensación de haber sido herido ligeramente en el lóbulo.

—Por esta vez es sólo un aviso, Mateos —susurró el «Coyote»—. Cumpla con su deber como «sheriff» del condado. En todo. Incluso en perseguirme y capturarme. Desde luego, a ese muerto no lo maté yo. A ver si el asesino paga pronto su deuda.

Picando espuelas, el «Coyote» torció por un callejón y salió al campo, galopando por él hacia una casa situada en la parte antigua de la ciudad. Tres o cuatro veces se detuvo y llevó la mano izquierda al costado, secando luego la ensangrentada palma en el pantalón. Por una vez, Mateos había sido certero en el disparo

CAPITULO VI

LOS PELIGROS DE LA FORTUNA

Jack Ulm hubiera tenido que sentirse muy satisfecho de la fortuna, pues en una hora, poco más o menos, había multiplicado por cinco sus mil dólares. Había oído ponderar muchas veces la habilidad manual del coronel Allerton; pero hasta entonces no tuvo ocasión de admirarla personalmente.

El coronel hacía trampas. Pero no en su propio beneficio, sino en el de Jack. Este lo advirtió desde la tercera vuelta, cuando al servir por tercera vez los naipes, el coronel le puso, de salida, una escalera real en las manos. En las dos veces anteriores, cuando le correspondió el turno de dar las cartas, el coronel también le había servido buenos juegos. Un «full» y un color, suficientes para ganar unos cientos de dólares; pero en la tercera jugada el coronel se superó, pues a la vez que servía un póker al de Kansas, se sirvió a sí mismo otro inferior. El de Kansas se desbocó en la subida, y el coronel, que tenía poco dinero sobre la mesa, fue por el resto, unos cuarenta dólares, mientras el de Kansas y Jack elevaban a dos mil dólares la postura. Cuando se descubrieron las cartas y frente a los dos pókers de sus contrarios, presentó Jack su escalera real; el suceso se celebró con exclamaciones de asombro y gritos de incredulidad.

Siguió la partida, y cada vez que el coronel sirvió las cartas, Jack ganó porque su juego era siempre ligeramente mejor, aunque no en la exagerada proporción de la tercera vuelta. Cuando daban los demás, su suerte variaba, aunque proporcionalmente ganaba más que perdía. El coronel, que había ido sacando fondos, también ganaba, pero no mucho. A Jack no le cabía duda de que las cartas estaban marcadas y el coronel sabía leerlas; pero, de acuerdo con el sistema empleado por los tahúres, como prudente y saludable regla, limitaba sus ganancias a unos cientos de dólares, sin pasar de los mil, que debía de ser su cifra tope. Un beneficio exagerado le habría expuesto a una reacción violenta de los perdedores.

Cuando Jack había llegado a los cinco mil dólares de ganancia entró Kimberley en el reservado.

—Buenas noches, señores —saludó. Y dirigiéndose a Jack, anunció — El «sheriff» le busca, señor Ulm. Antes de que yo pudiera decirle que no estaba aquí, él me dijo que traía informes concretos.

—¿Para qué me necesita? —preguntó Jack.

—Ha ocurrido algo grave. Una muerte o asesinato.

Los tres forasteros se pusieron en pie con visibles muestras de inquietud.

—Kim, no queremos vernos metidos en ningún lío —dijo el de Kansas—. Ya conoces nuestra situación. ¿Podemos utilizar la salida de que nos hablaste?

—Claro —asintió Kimberley.—. Y usted también, si quiere, señor

Ulm. El «sheriff» no la conoce y podrá estar a una légua de Los Angeles antes de que Mateos empiece a enterarse por dónde ha salido.

—No tengo por qué ocultarme ni huir —replicó Jack.

—Pues nosotros sí —replicaron simultáneamente los otros, a excepción del coronel, que había encendido un largo y retorcido cigarro y observaba plácidamente la escena, como si nada tuviese que ver con ella.

—El dinero procede de un ganado que vendimos sin haberlo comprado —explicó el de Kansas—. Si nos detenemos a dar explicaciones nos encontraremos con la cuerda al cuello antes de haber convencido a nadie. De manera que... Buena suerte, amigo, y que eso del «sheriff» no sea nada.

—Nada puede ser —musitó Jack, sin lograr verse libre de toda su inquietud—. ¿Qué de malo iba a haber hecho yo?

—Eso usted lo sabe, y nadie más lo sabe mejor —sonrió el de Oregón—. No hay como una conciencia tranquila para quedarse en casa. Los que no disponemos de ella siempre tenemos que andar dando tumbos. Buena suerte.

Salieron los tres, que se autoconfesaban cuatreros, y Jack no imaginó que todo podía ser una hábil encerrona. Sólo cuando estuvo frente al enfurecido Mateos pensó que tal vez sus temores de antes de salir del «Moctezuma» se habían confirmado.

—¿Qué desea, don Mateos? —preguntó.

El «sheriff,» flanqueado por dos bigotudos comisarios, le midió de pies a cabeza.

—Te veo muy desarmado, muchacho.

—Es costumbre de la casa, don Teodomiro —indicó Kimberley.

—La primera vez que me entero —replicó el «sheriff»—. Y, por lo que veo en otras cinturas, no es costumbre muy seguida.

—Cuando se juega en los reservados prohíbo que lleven armas.

—Algo me contaron acerca de esa medida —replicó Mateos—. Bien, bien.

—¿Le puedo preguntar para qué negocio me buscaba, don Mateos?

—inquirió Jack.

—Mataron a alguien y pensé que tú podrías darme el cabo del hilo que me permita sacar todo el ovillo.

—No he sabido de nadie que haya matado a nadie... —respondió Jack.

—Esta tarde le tiraron con un Marlin a don Joel, Jack.

—Pero no le dieron.

—Porque se movió.

—A tan corta distancia no valía movimiento si quien hizo el disparo hubiese querido alcanzar otro sitio mejor que la copa.

—Te veo muy enterado de las distancias —comentó Mateos—. Y si a eso unimos que tú tienes un Marlin...

—¿Qué insinúa? —preguntó Jack, cuya irritación quedaba frenada por la sospecha de que a Simmons lo hubieran «secado» de un tiro, consiguiendo cargarle a él las culpas.

—Nada todavía, muchacho —replicó Mateos—. Ya esta tarde sabía que era tu rifle el que disparó contra don Joel. Pero tú estabas en la «Bella Unión» cuando ocurrió la cosa.

—¿Y cómo está tan cierto de que fue mi Marlin y no otro cualquiera? —gritó Jack.

—La munición, hijo, la munición. La tuya es especial. Muy nueva. Aún no la venden en California; pero no te acuso a ti de nada. Al rifle, sí; pero lo que ahorcamos cuando se dispara un rifle y la bala llega al sitio debido no es al rifle que escupió el plomo, sino al cuello que está al final del brazo y la mano que apretó el gatillo.

—¿Y para esto me ha venido a interrumpir en mi buena suerte? —preguntó, ya irritado, Jack.

—No, hijo; pero ya te digo que esta noche han matado a alguien.

—Si mataron a don Joel, pregunte a Tommy, que esta noche tenía que salir de la cárcel...

—¡Muchacho! —exclamó Mateos—. ¡Pero qué bien enterado estás de todo!

—¿Mataron al viejo? —preguntó Jack.

—¿Te refieres al novio? —inquirió Mateos.

—¿A quién, si no?

—Habla usted como si en Los Angeles no hubiese nadie con más derecho que don Joel Simmons a ser «despenado» —dijo Kimberley.

—Pues no fue al viejo, sino a un joven al que sacaron del mundo a tiros —dijo Mateos—. y ya que tú estabas enterado de su salida de la cárcel, me gustaría hacerte unas preguntas en otro sitio más reservado.

—Se lo agradeceré —dijo Kimberley—. La gente empieza a sentir curiosidad...

—Oiga, don Mateos, no me maree con rompecabezas — pidió Jack —. Si cree que yo he hecho algo malo, pregunte o diga de qué se me acusa. Para demostrar que uno sabe nadar, lo mejor es echarlo al agua.

—Tu hermanastro, o hermano adoptivo, o como le llames..., —empezó Mateos, interrumpiéndose luego.

—¿Lo mataron? —preguntó Jack.

—¿A ti que te parece? —inquirió Mateos.

—Señor «sheriff,» así pierde el tiempo y nos marea a todos —observó Kimberley—. El señor Ulm estuvo jugando todo el rato en un reservado y no salió de allí hasta hace un momento, cuando le avisé de su llegada.

—¿Tiene mejores testigos, Kimberley? —preguntó el «sheriff»—. Ya sabe que la palabra del propietario de un garito pesa poco ante un Tribunal.

Jack, que esperaba una violenta reacción de Kimberley, se llevó un chasco, pues el tahúr limitóse a preguntar fríamente:

—¿Me acusa de no tener palabra?

—De eso, aún no le he acusado, Kimberley; pero sí le acuso de pretender resguardar a su cliente. Usted hace lo que le parece mejor; pero yo no debo confiarme, Kimberley. Me gustaría hablar con los compañeros de juego de Ulm.

El gerente del «Ferrocarril» se rascó la nuca. Jack adivinó la farsa, porque, en realidad, Kim deseaba que la adivinase y reaccionara, como era lógico en el impetuoso joven.

—Pues... Le diré, señor «sheriff,» los tres que jugaban con el mozo se pusieron nerviosos en cuanto me oyeron decir que el «sheriff» traía un saco de preguntas. No querrían contestar a esas preguntas, pues se pusieron desacuerdo en seguida y salieron por una puerta trasera que hay para esos casos. Queda el coronel Allerton, que le repetirá lo que yo he dicho.

—¡Tramposo! —gritó Jack Ulm, echándose contra Kimberley y descargándole el puño derecho contra la mandíbula.

Kimberley, que esperaba algo por el estilo, saltó hacia atrás, frente al puño de Jack, que sólo le alcanzó cuando, llegando a cuanto daba de sí el brazo, había perdido ya toda su potencia. Luego, cuando Jack quiso repetir el golpe, Kimberley, más dueño de sí y mejor luchador, le rechazó con un seco impacto contra el pecho, que lanzó a Ulm contra la pared.

—¿Estas tenemos?... —preguntó Kimberley, pálido, como si de veras la agresión de Jack le hubiera herido en el corazón—, ¡Estoy tratando de salvarle ya cambio pretende complicarme en sus asuntos!... Arréglese como quiera. Señor «sheriff»: lo que le dije de los jugadores es verdad. Se marcharon; pero hace rato, en cuanto ése y el coronel los desplumaron de todo su oro; luego, el coronel y Ulm se quedaron solos y ellos saben lo que hicieron.

—¡Maldito!... —gritó Jack, queriendo precipitarse de nuevo contra Kimberley.

—¡Calma! —ordenó Mateos—. Peleando no se consigue nada. ¿Puedes probar de otra manera que no saliste de aquí?

—Ese tipo ha preparado las cosas para que las culpas del asesinato cayeran sobre mí —dijo Jack—. Me cebó un anzuelo con cuatro gusanos asquerosos y unos miles de dólares. ¡Está bien! Yo no he matado a Tommy; pero eso no me importa. De buena gana le habría matado hace tiempo. Su padre asesinó al mío y esa cuenta tenía que arreglarse. Lo que más siento es que otro me haya tomado la delantera. ¡Pero yo sé por qué, Kimberley! ¡Y ahora sé el porqué del papelito! ¡Ya ajustaremos cuentas!

—Cuidado con las acusaciones, Jack —indicó Mateos—. No hables de lo que no puedas probar. Asesinaron a tu odiado Tommy, y quien

lo asesinó llevaba un sombrero como el tuyo. Y vino hacia aquí.

—No puedo demostrar nada, «sheriff.» Ocuparé la celda de donde salió Tommy, y si es necesario colgaré de la horca, pues, al fin y al cabo, sólo por cobardía no le maté hace tiempo. El deseo estaba en su sitio. El miedo lo retuvo allí.

—Enséñame tus revólveres, Jack —pidió Mateos.

Kimberley miró hacia el guardarropa, y guiado por esta muda indicación, el «sheriff» se dirigid hacia el guardarropa, pidiendo a la encargada:

—Sara, ¿me quiere dar los revólveres del señor Ulm?

—Sí, señor —musitó, temblorosa, la mujer, descolgando los revólveres y entregándolos, con el cinto y las fundas, al «sheriff.»

Antes de desenfundarlos, Mateos preguntó:

—¿Cuánto hace que entregó el señor Ulm sus revólveres, Sara?

—Hace bastante rato, señor. Como más de una hora.

—Pero después los vino a buscar y salió con ellos, ¿no?

—Yo no le vi, señor...

—No digas nada, Sara —ordenó Kimberley.

—¡Cállese! —pidió Mateos—. Ya sabemos que salió.

Desenfundó uno de los Colts y examinó el cilindro, oliendo luego el cañón.

—No ha sido disparado —murmuró—. Veamos el otro.

Sacó el segundo revólver. El cilindro estaba lleno de balas, y el cañón estaba limpio y libre de todo olor a pólvora ni a reciente engrase.

—Con éstos no disparó —dijo Mateos.

—Ya le dije que no había salido de aquí —se apresuró a indicar Kimberley.

Su mortal palidez y la mirada que dirigió a Sara, así como la

turbación y el nerviosismo de ésta hicieron comprender a Jack que algo había funcionado mal en los planes de Kimberley. Una sonrisa triunfal flotó en sus labios; pero alguien intervino inoportunamente.

—¿Qué tal, don Teodomiro? —preguntó el recién llegado—. ¿También usted se deja arrastrar por el vicio?

—Hola, Cesítar —refunfuñó el «sheriff»—. ¿Ya sabe tu padre que frecuentas estos sitios?

—Desde luego —rió el hijo de don César—; pero finge que no se entera. Creo que es costumbre en todos los padres prudentes. Ya sabes que el mío lo es.

—Claro, claro —replicó, distraído, Mateos—. Bueno, adiós. Salúdale de mi parte y también a Lupe.

El hijo de don César no demostraba prisa alguna.

—Yo no he heredado la prudencia de mi padre —comentó, como si no advirtiera lo inoportuna que resultaba su charla.—. Yo siempre hago lo que no debo hacer; pero mi padre dice que eso de la prudencia es como el bigote, que sale a su tiempo, y que si sale antes, en vez de ser una cualidad es un defecto. ¿No resulta divertido imaginar a mi hermano?... Bueno, no sé cómo llamar a Eduardito; pero, ¿verdad que resultaría horrible que ahora ya tuviese bigote? Por cierto que no se me ocurre cómo se debe de llamar a Eduardito...

—No te entretengas —aconsejó Mateos, ya fastidiado por la inoportunidad del muchacho—. Tu madre y tu padre estarán inquietos...

—No lo crea. —rió el joven—. Se imaginan que estoy acostado en mi cuarto. Pero... —César miró a los reunidos—. A lo mejor... —Pareció turbarse.—. Quizá estorbo.

—Sí —dijo Jack—. Lo has adivinado.

—¡Oh! ¿Y... por qué estorbo?

—Porque tenemos que hablar de... nuestras sosas —replicó Mateos —. De los revólveres de Jack Ulm.

Al decir esto mostró el Colt que tenía en la mano.

—Pero ese revólver no es de Jack —contestó César de Echagüe y de

Acevedo—. Digo..., a menos que los hayas vuelto a cambiar.

Se hizo un breve silencio, cuya densidad pareció abrir los ojos del hijo de don César.

—Temo haber dicho lo que no debía decir —tartamudeó—. Si te he fastidiado, Jack, perdóname. De veras que no lo hice a propósito... Es que me salió así... Seguramente estoy equivocado.

—No —dijo Jack Ulm, con voz ahogada—. No son mis revólveres. Los míos tiene las cachas de marfil y esos las tienen de nácar. No estaba seguro del detalle. Gracias por haberlo indicado, César.

—Te aseguro que si lo dije fue creyendo que te hacía un favor —dijo el joven Echágüe—. Al decir don Teodomiro que eran tus revólveres, y ver a los comisarios, pensé que a lo peor te estaban acusando de sabe Dios qué cosa... Como dice papá: como la Policía y el «sheriff» nunca saben por dónde caminan, lo mejor es ponerse siempre lejos de su paso, pues te sueltan un palo de ciego que...

—Cesítar, has dicho ya todo lo que podía fastidiar a Ulm —interrumpió Mateos—. Ahora calla y no digas lo que puede perjudicar a tu familia. Que tengas un buen viaje hasta San Antonio. Cuéntale a tu padre lo ocurrido. Seguramente se divertirá mucho. Y cuenta, además, que alguien que se parecía mucho a Jack Ulm, mató a José Rodríguez confundiéndolo con Tomás Gómez.

Si en aquel momento Mateos hubiera tenido la mirada fija en Kimberley, la identidad del asesino le habría saltado a la vista, porque la sobresaltada palidez del gerente del «Ferrocarril» sólo podía obedecer a un motivo.

Pero Mateos miraba fijamente a Jack Ulm y sólo vio la sorpresa que su noticia producía en el joven.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? —preguntó Jack.

—Un error muy fácil en la oscuridad. Vamos. Todo se aclarará a su debido tiempo. El sombrero del señor Sara —pidió Mateos a la encargada del guardarropa.

Y explicó:

—También por el sombrero identificaron a Ulm.

Cuando Jack salía entre el «sherif» y los dos comisarios, César

preguntó a Kimberley:

—¿Cree que le he perjudicado mucho?

El gerente del «Ferrocarril» volvióse hacia César y estuvo a punto de replicar con una grosería; pero se contuvo a tiempo, y encogiéndose de hombros, respondió:

—¿Quién sabe? Quizá le has hecho un favor. —Variando de conversación, preguntó—: ¿Has tenido suerte?

—Regular. He ganado cien dólares. No es mucho; pero siempre es mejor un beneficio pequeño a una perdida por pequeña que sea.

—Desde luego. Adiós, César. Saluda a tu padre de mi parte.

—Ni lo sueñe —rió el joven—. No le gustaría. Adiós.

—Adiós.

Cuando César se dirigía hacia la puerta, Kimberley volvióse hacia Sara, que empezó a retroceder hasta que su ancha espalda tropezó con el primer estante del guardarropa.

—¿Se puede saber por qué no dijiste lo que yo te ordené? —preguntó Kimberley.

La temerosa mirada de Sara se desvió de Kimberley hacia la sala, y por el movimiento de su cabeza, Kimberley comprendió que alguien se acercaba. Antes de que Estella pronunciase una palabra, el tahúr la identificó por sus pasos y por su perfume.

—¿Fuiste tú quien se metió donde no debía? —preguntó, volviéndose hacia Estella.

—Sí —replicó la joven—. Y estoy dispuesta a seguir adelante.

—Te estrellarás —previno Kim.

—Es posible, y quizá a ese presentimiento se debió el que me llamaran Estella, y no otra cosa.

—No pienses en él. Ese hombre no te hará feliz. Está predestinado a sufrir muchos golpes.

Estella levantó la vista hacia Kimberley.

—Hay algo que nunca me ha gustado, Kim —murmuró—. ¿Me comprendes?

—No... sé —vaciló Kimberley—. ¿Se trata de algo que he hecho yo?

Estella no respondió directamente.

—Yo hubiese querido vivir otra vida —dijo—. He envidiado a las mujeres ricas, a las que han tenido un buen hogar, a las que han llevado una vida intachable pero siempre me falló el valor necesario para vencer las primeras dificultades, los primeros obstáculos. Esta vida era más fácil. Bastaba con tener una cara bonita y manejar regularmente los naipes. Por inercia volví siempre a lo mío; pero nunca disimulé. En alguna ocasión...

La mirada de Estella se perdió en un lejano recuerdo, que sus labios fueron convirtiendo en palabras:

—Era un hombre bueno..., y si no rico, por lo menos acomodado. Me ofrecía cuanto yo había soñado... Paz y seguridad. Y era tan ingenuo... Creía cuanto yo le contaba. Hubiera sido fácil engañarle. Cuando la situación llegó a su punto culminante, yo le dije que visitase el «Empire,» No quería. No le gustaban las casas de juego. Insistí. El no me comprendía. ¿Para qué tenía que ir a semejante sitio? Le dije que era un extraño capricho mío. Al fin, prometió ir. Quedamos citados para el día siguiente, a mediodía, frente al Ayuntamiento. Aquella noche le vi entrar y mis ojos atrajeron su mirada. Durante unos minutos nos estuvimos mirando fijamente; luego él, bajando la cabeza, salió del «Empire,» y al día siguiente, yo esperé durante una hora, en vano, frente al Ayuntamiento.

—Fuiste demasiado noble. El tipo no lo merecía. Tuviste suerte.

—Es posible; pero en este caso, me resulta más agradable pensar que él no estaba a mi altura. En cambio... No me gustaría pensar que yo había estado por debajo de él.

—Eso lo dices por mí, hermosa.

—Sí. Tirar la piedra y no sólo esconder la mano, sino meter otra piedra en el bolsillo de un vecino para que él tenga que pagar los cristales rotos, me parece despreciable. Te creí más valiente.

—No siempre podemos adoptar actitudes heroicas Estella —replicó Kimberley—. Cuando nos encontramos en medio de un fangal, no nos queda otro remedio que chapotear en el barro.

—Y salpicar a los que están fuera, ¿no? —murmuró Estella.

—Te quiero y estoy dispuesto a hacer lo que tú me mandes.

—No me entiendes, Kim. Y estás haciendo muy difícil el que yo pueda llegar a sentir por ti algo más que... interés.

—¿Piensas denunciarme?

—Sigues sin entenderme, Kim. Vuelvo a mi mesa.

—Un momento —pidió Kimberley, reteniéndola de un brazo—. Mañana por la noche sale un barco hacia Méjico. Podemos embarcar en él. ¿Quieres?

Estella era una mujer serena, dueña de sus emociones y con una gran experiencia en trato de toda clase de bribones.

—¿Sin dinero? —preguntó, dispuesta a conseguir que Kimberley vomitara cuanto pensaba hacer.

—Tendré mucho dinero. Al fin y al cabo, el que roba a un ladrón gana muchos años de perdón. Puedo re unir doscientos mil dólares. Una fortuna.

—No está mal —comentó Estella—, Lo consultaré con la almohada.

—Además, puedo dejar las cosas dispuestas de modo que el verdadero culpable pague sus deudas y Jack salga de la cárcel.

—Si reúnes doscientos mil dólares me tiene sin cuidado lo que sea de Jack Ulm —rió Estella—. De todas formas, no te irá mal dejarle a la Policía algo en que entretenerse. Cuando nos persigue un perro, lo mejor es echarle un hueso para que se detenga a roerlo. Ya hablaremos.

—Me gusta que seas razonable, y sobre todo, que no estés demasiado enamorada de Jack Ulm —dijo Kim. Y agregó—: ¿De veras me desprecias por dejar que él haya pasado por culpable?

—Pregúntamelo mañana, cuando me enseñes los doscientos mil dólares —replicó Estella, guiñando un ojo al tahúr—. No hay como el dinero para recordar lo olvidado u olvidar lo que parece inolvidable... Hasta mañana, Kim.

—Adiós, hermosa. Te haré la emperatriz de Méjico.

—¡Cuidado, Kim! Los mejicanos sólo han tenido dos emperadores, y fusilaron a los dos.

CAPITULO VII

LA SANGRE DEL «COYOTE»

—Le agradezco su atención, señor «Coyote» —dijo el viejo doctor García Oviedo—. Las otras veces me obligó a ir a su casa.

—Esta vez la herida tenía poca importancia y sólo me interesaba cortar la hemorragia —replicó el enmascarado.

El médico completó el vendaje.

—Estaba usted a caballo cuando le dispararon, ¿no?

—Claro. Lo indica la trayectoria de la bala, ¿verdad?

—Sí. De abajo arriba o de arriba abajo. Más lógico lo primero. Ha tenido suerte. Pero la suerte también se termina. Y generalmente, cuando más falta hace.

—La importante es que dure mientras yo la necesito, doctor. Aún está por nacer el hombre que me supere.

El doctor encogióse de hombros y se volvió de espaldas al «Coyote» mientras éste se arreglaba la camisa y volvía a ceñirse los revólveres que había dejado colgados del respaldo de una silla. Sin mirarle, con la vista fija en la lámpara de petróleo que daba luz a la salita de curas, preguntó:

—¿Me permite que le hable con la franqueza de quien le aprecia por tantos motivos?

—Hable, doctor. Y me alegro de que me aprecie.

—Es natural —replicó el médico—. Le he visto nacer, le he curado cuando tuvo el sarampión, y quizá cuando pasó la tos ferina.

—¿No está seguro de si la pasé? —preguntó el enmascarado.

—Casi seguro, hace mucho tiempo, antes de la conquista

norteamericana, todos los chicos de Los Angeles pasaron la tos ferina. Usted debió de ser uno de ellos.

—Pero había otros médicos. Quizá no fue usted el que me atendió.

García Oviedo soltó una breve risa. —Cuando el «Coyote» ha sido herido, siempre acudió a mí. Supongo que lo hizo por la fuerza de la costumbre. Claro que tal vez me engaño.

—No se engaña, viejo bandido. ¿Desde cuándo sabe quién es el «Coyote»?

—Desde la última vez que me llevaron a su casa; pero a lo mejor estoy equivocado. Prefiero que no me diga quién es. A mi edad resulta agradable conservar una duda. Los viejos presumimos de saberlo todo, y generalmente, tenemos razón; pero ese sentimiento de que ya no nos queda nada por aprender nos quita el interés por la vida. Estoy harto de oír a mis viejos pacientes decir: «¿Qué hago yo en el mundo si la vida no guarda secretos para mí?» La vida es como un paseo a lo largo de la calle Mayor de un pueblo. Cuando la calle vuelve a ser carretera, y ya se ha visto todo, no queda más remedio que seguir carretera adelante, hacia otro pueblo, otro mundo, el Cielo o el Infierno. Es imposible volver atrás. Muchas veces, cuando me dicen eso de que la vida ya no guarda secretos, contesto preguntando: «Pero ¿ya sabe quién es el «Coyote»? Y me contestan que eso no lo saben. Yo replico: «Pues mientras no sepa quién es el «Coyote,» siga viviendo, hombre. Por lo menos hasta descubrir ese gran misterio.»

—Me hace sentirme una especie de específico contra la vejez.

—Por lo menos sirve de excusa para que un viejo charlatán como yo mueva la lengua. Pero lo que deseaba decirle es que la herida de hoy pudo haber sido mucho más grave. Es un milagro que no haya dado en hueso y de rebote se le haya clavado en el corazón.

—¿Por qué no piensa que también pudo haber pasado de largo sin hacerme nada?

—Pudo haber ocurrido así, mas no ocurrió, y eso es lo que debiera preocuparle, señor «Coyote.» Sus enemigos afinan la puntería y... no me gustaría tenerlo que hacer la autopsia.

—Pues por mi parte, prefiero ser «autopsiado» por usted. Al fin y al cabo, me daría menos vergüenza que si fuera otro el que metiera sus cuchillos en mis intimidades.

García Oviedo se volvió hacia el «Coyote.»

—Su cuerpo tiene muchas cicatrices. ¿Por qué no deja ya de preocuparse por los demás?

—Me gusta vivir como vivo. Aunque sea a riesgo de morir como usted me pronostica; pero no he venido a verle sólo para que me remendase este arañazo.

—Pues... ¿para qué más?

—Hace unos tres años visité una noche el cementerio. Busqué el lugar donde enterraron a Katrina Simmons, la mujer de Abe Dolin. El ataúd donde la suponíamos enterrada estaba ocupado por unas mantas y unos lingotes de plomo. Ni rastro del cadáver. ¿Qué le parece?

—Quizá la enterraron con sus joyas...

—No. Si hubiera sido así, los ladrones no se hubieran llevado el cadáver.

—Quizá no pudieron sacar las joyas...

El «Coyote» movió negativamente la cabeza.

—No es necesario que se exprima los sesos, doctor. Sospecho dónde está el cadáver. ¿Le molestaría mucho examinarlo y guardar para usted y para mí lo que descubriese?

—No entiendo bien..., don «Coyote.»

—Sospecho que el cadáver de la señora de Dolin está en la sepultura de Tomás Espinosa.

— ¡Por Dios! —protestó García Oviedo—. ¡No puede ser!

—Reflexione un poco. Tomás murió sin dejar ni un centavo. Pero hubo un alma caritativa que pagó su entierro.

—Don César de Echagüe lo pagó, ¿no? —preguntó García Oviedo.

—No —susurró el «Coyote»—. El no lo pagó.

—En ese caso...—tartamudeó García Oviedo, sin poner en duda la declaración del «Coyote.»

—Alguien se portó generosamente con Espinosa. Y aunque eso no

tiene nada de raro, porque siempre hay personas buenas que no quieren que un cristiano sea enterrado entre chinos y vagabundos indocumentados, y hasta es posible que exista gente capaz de pagar una lápida de piedra con una cruz labrada en ella; lo que sí resulta raro es que el inútil, solitario y mala cabeza de Espinosa, a quien Dios haya perdonado, reciba periódicamente sobre su tumba unas flores que deposita una mano de hombre.

—Mire, don «Coyote,» si usted conoce el secreto, cuéntelo, y si no, hable claro. Pero hable claro de todas maneras.

—Esta noche quiero que vaya al cementerio. Mi gente abrirá la sepultura y sacará el cuerpo allí enterrado. Quiero que usted lo examine.

—Espinosa murió hace tres años...

—Ya sé que no le pido que asista a una fiesta.

—A la señora de Dolin la vio el forense Hart, que al poco tiempo fue asesinado. Usted se metió en el lío y no resolvió nada. ¿Por qué?

—Porque mi justicia no es de la que se basa en los libros escritos por jueces y legisladores. Yo trato de ir más allá. A veces el culpable es menos culpable que el inocente. En fin, yo me entiendo.

—Y yo también. En la muerte de Katrina Simmons hubo algo raro. Y más raro todavía fue la súbita prosperidad de su hermano y la progresiva ruina de los Dolin. Sin embargo... Todo está muy complicado, y por mucho que usted sepa desenredar madejas, no sé si podrá evitar que se le formen algunos nudos y al fin tenga que recurrir a las tijeras.

—A éstas, desde luego —replicó el «Coyote,» palmeando la culata de uno de sus revólveres — Habrá que cortar muchas cosas; y puede que al fin, en vez de un solo ovillo tengamos tres, pero el hilo de cada uno de ellos estará libre de nudos. Vaya a examinar ese cadáver y tenga la seguridad de que si yo no lo hago es porque no he aprendido a hacer autopsias. Adiós, doctor. Y muchas gracias por todo. Supongo que no quiere cobrar nada por su trabajo.

—No. Me gustaría que me pagase haciéndome caso...

—No puedo. No me dejan. Adiós.

—Buena suerte..., muchacho —respondió el doctor García Oviedo,

dirigiendo una cariñosa mirada al enmascarado.

* * *

Aquella noche aún hizo otra visita el «Coyote.» Estella lo encontró en su habitación cuando entró en ella ansiosa de estallar en sollozos. Pero la presencia del enmascarado frenó sus anhelos dé llanto y reanimó sus esperanzas.

—¡Ah, señor! —exclamó—. ¡He estado pidiendo a Dios que lo pusiera en mi camino!

—Ya ve que Dios me ha traído —sonrió el «Coyote»

—¿Sabe lo que ha sucedido?

—Si Dios ha sido capaz de traerme aquí, no es lógico que no me haya explicado lo que sucede. ¿Le quiere mucho?

—¡Más que a mi vida! ¡Y a él lo odio como nunca pensé que yo fuera capaz de odiar!

—¿Quiere a Jack y odia a Kim? ¿O al revés?

—No se burle de mí —pidió Estella—. He oído hablar mucho de usted; pero nunca he creído del todo en su desinterés.

—¿Por qué? Es la primera vez que oigo semejante insulto.

—No quiero insultarle; pero yo sé que nadie hace nada sin la esperanza de obtener un beneficio.

—Hay muchas clases de beneficios, Estella —sonrió el «Coyote»—. Los hay morales; pero usted no cree en ellos, ¿verdad?

—No. Y la culpa no es mía, sino de quienes me han demostrado prácticamente que si un hombre hace un favor, nunca deja de pasar la factura. ¿Cuál es la suya?

—¡Qué puyazo tan directo, señorita Estella!

—Me gusta hablar claro. Le puedo ofrecer doscientos mil dólares.

—¡Oooh! —exclamó el «Coyote»—.¡Cuánta generosidad! ¿Me dará algo anticipadamente? Pongamos, por ejemplo, la mitad. Cien mil dólares me entusiasmarían y me harían jugarme la vida alegremente.

—No tengo aún el dinero.

—¿Cuándo lo tendrá?

—Mañana por la noche.

—Pero usted desea que antes de mañana por la noche yo haga algo en favor del asesino de un comisario del «sheriff.»

—¡El no lo ha matado!

—¿Pues quién, entonces?

—No puedo decírselo antes de que usted me prometa ayudarme.

—Y yo no le prometeré ayudarla mientras no tenga la seguridad de cobrar mi dinero, señorita. Es usted muy hermosa; pero las mentiras salen por igual de los labios bonitos y de los feos. No me gustaría que me engañasen.

—Yo no lo haré y usted recibirá lo que me pida.

—Puedo pedir mucho señorita Estella.

—Yo sólo tengo una palabra.

—¿Puede comprenderme cuando le digo que usted me parece una de las mujeres más hermosas que he visto?

Estella irguióse como si las palabras del enmascarado pusieran en tensión todos sus músculos y nervios.

—No me extraña. ¿Busca un beneficio físico?

—Un premio. Sólo un agradable premio.

—Si no le necesitase, señor «Coyote,» le insultaría.

—Insultar es llamar a uno lo que no es. Se insulta al bueno cuando se le llama malo, y al malo cuando se le llama bueno. Puede decir lo que piensa. No influirá en mi decisión.

—¿Qué más da? —murmuró Estella, cuya palidez llegaba a lo mortal—. Yo sé que una pelota de barro cuando cae desde muy alto se rompe; no rebota ni vuelve a la altura de donde cayó...

—Por favor, no empiece con frases filosóficas. Me aburren.

—¿Cree que soy mala? —preguntó Estella.

—No. El malo soy yo.

—Acepto todas sus condiciones. Las que sean. Pero a condición de que me prometa salvar a Jack.

—Desde luego; pero no mencionemos a ese muchacho. Resulta un poco molesto. ¿Me permite besarla?

Estella echó atrás la cabeza y cerró los ojos. Como pasaran varios segundos sin que ocurriese nada, volvió a abrir los párpados y vio al «Coyote» sentado en un sillón, junto a su cama.

—¿Qué... hace? —preguntó Estella, turbada y alegre a la vez,

—Renuncio, señorita —suspiró el «Coyote»—. Y no por bondad. Es usted demasiado bonita, y... a lo peor me enamoraba de usted y entonces... ¡Jesús! No tiene usted idea de lo que se complicarían las cosas. Pero no crea que no me gusta usted. ¡Al contrario! Le repito que es demasiado bonita, y no me extraña que un par de hombres anden de coronilla por sus ojos. Verdes como los de una diosa mitológica. Siempre me han dado miedo los ojos verdes. No he conocido a ninguna mujer de ojos verdes que no fuese peligrosa.

—¿Me cree peligrosa? —preguntó Estella.

—La creo capaz de coger un rifle Marlin, y en un alarde de mala puntería disparar contra la cabeza de Kate Dolin y romper la copa que tenía en su mano Joel Simmons.

La sonrisa que había nacido en los labios de Estella a medida que el «Coyote» fue pronunciando sus halagos, se borró como si la hubiese destrozado un martillazo, cuando el enmascarado nombró el Marlin.

—¿No me dice nada más? —inquirió el «Coyote»—. ¿Por qué no niega mi acusación?

—¿Como sabe...?

—Eso sería muy largo de contar y nos llevaría toda la noche, Estella. Además, no resolvería nada, pues en mí no influye tanto el modo de descubrir su mala conducta, como esa mala conducta. ¿Puede explicarme su interés por el hombre a quien quiso cargar con el asesinato de Kate Dolin?

—No lo comprendería —dijo en voz baja Estella.

—A lo mejor, si. Intente hacérmelo comprender.

—En vísperas de la boda él estaba malhumorado y creí que la quería más que a mí... Pero no pensé que supieran que yo había usado su carabina.

—Explicación completa —rió el «Coyote»—. No con vence a nadie, desde luego; pero así suelen ser las verdades. Usted quiere a Jack, odia a Kate. Jack tenía un rifle y Kate una cabeza. Metiendo una bala en el rifle y disparándola contra Kate se resolvería todo; pero si usted llega a disparar mejor, la bala mata a Kate y Jack no puede probar su coartada, dentro de una semana le hubiera visto precipitarse por la trampa de un cadalso, con una molesta corbata de cáñamo al cuello. Afortunadamente, solo se rompió una copa, y por ese delito no ahorcan a nadie. Además era una copa muy mala. Claro que si Jack lo supiera... Una simple sospecha la abriría los ojos a la realidad.

—¡Por Dios, no se lo diga! —rogó Estella.

—Por usted no se lo diré. Dios está más allá de estad pequeñeces. Pero tiene que contarme cuanto sabe. Y confiar en mí Y decirme qué hubiera hecho si yo hubiese aceptado su aceptación de mi demanda.

Estella le miró sin comprender la enrevesada pregunta. Luego murmuró:

—Me sería muy fácil decirle que yo no hubiese mentido a Jack. Nunca he engañado a nadie. Y como él se ha educado en un ambiente que no es comprensivo por lo que respecta a las debilidades o grandezas femeninas, le habría perdido, ¿no?

—Seguro. Claro que la influencia yanqui ha limado muchas aristas de nuestro carácter; pero aun así, o la dejaba, demostrando que no la quería mucho o la mataba, demostrando que la amaba con locura. Y luego me mataba a mí.

—Si él no me hubiese matado, yo habría recurrido al suicidio. —Con una amarga sonrisa, Estella agregó—: Pero usted no está obligado a creer en eso.

—Tampoco está uno obligado a creer en las novelas, señorita, y sin embargo..., le gustan. Siempre he sido aficionado a creer en las resoluciones heroicas. Afortunadamente, si él la quiere no harán falta esas resoluciones. Todo se arreglará a las buenas. ¿Fue usted quien

sustituyó los revólveres de Jack?

Estella asintió:

—Sí. Mientras Kimberley estaba fuera, yo me hice con otros que me parecieron iguales. Luego él volvió y dejó los revólveres en las fundas, con los cartuchos disparados...

La conversación entre el «Coyote» y Estella duró sólo unos diez minutos más. Luego el enmascarado saltó por la ventana, y a caballo, galopó hacia el Rancho de San Antonio.

CAPITULO VIII

LAS JUSTICIAS DEL «COYOTE»

RETORNO DEL PASADO

El abogado Covarrubias intervino en representación de Jack Ulm, por indicación de varias personas...

—Cuyos nombres no estoy autorizado a mencionar —terminó.

—Eso es muy raro —dijo Mateos—. Me parece, señor licenciado, que hay algo turbio en todo esto.

Covarrubias inició la insinuación de una pálida sonrisa.

—Mi oficio es el de aclarar las cosas turbias, señor «sheriff»; pero si tiene algo que oponer...

—No, nada; sólo que me parece muy raro eso de que se retrase la puesta en libertad de Gómez después de haberla precipitado tanto anoche.

—Los resultados de tanta precipitación han convencido al juez de que es mejor que Tomás Gómez permanezca un día o dos más en la seguridad de la cárcel.

—¡ Si por lo menos esa pareja de hijastros o hermanastros, o lo que sean, estuviesen en lugares distintos! —gruñó Mateos—, Le aseguro, señor licenciado, que me ponen muy nervioso cada vez que los veo mirándose fijamente, llenos de odio, el uno hacia el otro.

—Creo que esto puedo arreglarlo —dijo Covarrubias, cuya sonrisa cobró unas décimas de vitalidad.

—¿Cómo? ¿Echándoles un sermón?

—Tal vez. Tenga la bondad de hacerlos venir aquí o a un lugar donde yo pueda hablar con ellos.

Mateos condujo al abogado a la sala de consultas, donde los detenidos podían hablar con sus abogados. Al cabo de un momento de espera en aquel lugar, Covarrubias vio entrar a los dos hijos adoptivos de Abraham Dolin. Cada uno de ambos jóvenes parecía ajeno a la presencia del otro; pero en ambos se advertía claramente la tensión nerviosa en que se hallaban.

—Será mejor que deje con usted a uno de los guardas —propuso Mateos.

Covarrubias movió negativamente la cabeza. —Puede dejarlos juntos y a mí con ellos. No sucederá nada.

Mateos se encogió de hombros y por fin salió de la estancia, dejando encerrados en ella a los tres hombres.

—Sentaos, muchachos —invitó Covarrubias.—. ¿Queréis fumar? —agregó, ofreciéndoles unos cigarros.

Tommy y Jack los aceptaron. Mientras los encendían, el abogado sacaba de su cartera unos documentos y unos paquetes, que fue dejando sobre la mesa. Al terminar, juntó las manos y, mirando a los dos jóvenes, empezó:

—Entre vosotros ha existido siempre una muralla de odios. Nunca fuisteis buenos amigos, mucho menos, nunca fuisteis hermanos, como hubiera deseado el señor Dolin. En una carta que tengo aquí —golpeó el montón de documentos— Abraham Dolin os llama «hijastros del odio.»

—Abrevie, señor Covarrubias —pidió Gómez—. Me importa poco lo que opine de nosotros el señor Dolin. Yo sé lo que opino del hombre que me quiso matar a traición...

—¡Tommy! —gritó Jack—. ¡Yo no disparé contra ti!

—Ya lo sé —respondió Gómez—. Disparaste contra José Rodríguez; pero imaginando que disparabas contra mí.

—No —dijo Covarrubias—. Jack no disparó. El odio entre vosotros no es tan profundo como queréis imaginar. Ni uno ni otro ha intentado nunca provocar choques irreparables. Pero se sabe que no os queréis y alguien tiene interés en deshacerse de Tomás, porque es amado por una mujer que él ha comprado; pero que no es suya.

—Prefiero que no mencione a Kate. —pidió Tomás—. Ya nada puede hacerse. Vine a matar a Simmons; pero llegué demasiado tarde.

Como si no hubiera oído, Covarrubias continuó:

—Para matarte, Tomás, hacía falta una justificación. Tenía que cometer el crimen alguien que, por lo menos en apariencia, tuviera algún motivo. Jack era el asesino ideal. Al mismo tiempo, complicándolo en el crimen, se le quitaba del camino de otra persona interesada por otra mujer.

—Las culpas de Joel Simmons no pueden borrar el pasado —dijo Jack.—. Ya sé que el muy ruin anda metido hasta los sobacos en todo este barro; mas sus culpas de ahora no borran otras más viejas.

—Tal vez sí —sonrió Covarrubias— Puede que las viejas culpas no existieran nunca.

—Lo que siempre nos ha separado a Jack y a mí ha sido el que mi padre matase al suyo —dijo Tommy—. De la misma manera que el hecho de que Joel Sim-mons matase a mi padre ha impedido que yo pueda sentir hacia él otra cosa que un odio infinito.

—Muchachos todo eso no tiene razón de ser. Aquí —de nuevo golpeó el montoncito de documentos y paquetes—, aquí están las pruebas de lo que os voy a contar. Es una historia bastante antigua, que se remonta a la víspera del asalto a Chapultepec. Tu padre, Jack, era un oficial valiente y rígido en el cumplimiento de su deber. Exigía a sus hombres que diesen de sí cuanto podían dar; pero a la hora del combate y de exponer la vida, él iba delante de todos. El teniente Dolin era como él. En cambio, el teniente Simmons era un cobarde. Tenía miedo a morir y, por no deshonrar el buen nombre de la Infantería de Marina, Jonas Ulm no se decidió a llevarle ante un consejo de guerra para que respondiese de actos incalificables. Uno de ellos, el abandono de una posición dejando que sus hombres fuesen pasados a cuchillo, perdiendo bandera y artillería. Jonas Ulm concedió a Joel Simmons la oportunidad de morir luchando en el campo de batalla el día del asalto a Chapultepec.

—Aunque eso es en parte una novedad, yo nunca imaginé que Joel

Simmons hubiese sido tan valiente como él afirma —observó Jack.

—De todo cuanto digo existen pruebas que durante mucho tiempo han quedado olvidadas —dijo Covarrubias— Alguien ha pasado tres años reuniéndolas en beneficio de vosotros. Pero volviendo a mi historia; Joel Simmons subió la montaña de Chapultepec y tuvo la suerte y la prudencia de no hacerse matar. Llegaron al palacio los soldados de marina y arrollaron a los pocos mejicanos que encontraron. Las tropas de Santana se replegaron, sin combatir, a excepción de unos cuantos oficiales y soldados que, llenos de vergüenza, desertaron de sus puestos y corrieron a luchar por el honor de Méjico.

—Uno de ellos fue mi padre —murmuró Tomás, cuya voz estaba ahogada por la emoción.

—Sí. Mató a algunos yanquis, y de pronto, al ver al capitán Ulm, se dispuso a dispararle con su fusil. Jonas Ulm no advirtió el peligro. Pero sí lo vio Abe Dolin, que, sacando su revólver, disparó contra el oficial mejicano; pero al mismo tiempo que disparaba, su amigo y futuro cuñado Joel Simmons le desvió la mano, para que su bala no llegase al mejicano y éste pudiera disparar a placer. Fue el coronel Gómez quien mató al capitán Ulm; pero si Joel Simmons no hubiese desviado el brazo de Dolin, el capitán Ulm aún estaría vivo y en cambio Joel Simmons hubiera comparecido frente a un consejo de guerra primero y luego ante un pelotón de fusilamiento. La muerte del capitán le sirvió para salvarse de todo ello. En cuanto Jonas Ulm cayó muerto, Simmons se precipitó sobre el coronel mejicano y lo mató a sablazos.

—Si eso es verdad, ¿por qué el señor Dolin nunca nos lo ha dicho? —preguntó Jack.

—Por una sencilla razón: Abe Dolin estaba prometido a la hermana de Simmons, Si él decía la verdad, se convertía en el matador del hermano de su prometida y tenía que renunciar a su felicidad, pues ella no se hubiese podido casar con él. Tuvo que callar la verdad y, como pago de su silencio, recogió a los hijos de los dos hombres de cuya muerte era en parte cómplice.

—¿Por qué no habló luego? —preguntó Gómez.

—Cuando lo quiso hacer ya no pudo. Tuvo que callar en beneficio de su hija. Aunque Joel Simmons destruyó la libreta de operaciones del capitán Ulm, quedaron otras pruebas que durante muchos años

han permanecido olvidadas en distintos lugares. Desde la guerra de Méjico han ocurrido tantas cosas, que hoy ya nada se podría hacer contra Simmons; pero algo puede hacerse en vuestro beneficio. Leed los documentos y reflexionad sobre vuestra innecesaria enemistad.

—¿Y Kate? —preguntó Jack—. ¿Qué será de ella casada con ese hombre?

—Ese hombre, o sea su marido, fue enviado anoche cerca de Monterrey. Por de prisa que vuelva no regresará a Los Angeles antes de las doce de la noche. Y para entonces se pueden arreglar muchas cosas.

Volviéndose hacia Jack Ulm, Covarrubias le entregó un papel doblado en cuatro y sujeto con una oblea

—Léelo cuando estés en tu celda, y cuando hayas examinado los documentos. Principalmente son cartas, oficios y cuadernos de operaciones de otros oficiales. Algunos, especialmente las cartas, proceden de la casa de tu padre, Jack.

* * *

Más tarde, en su celda, después de leer los pliegos de amarillento papel cubiertos de oxidada escritura, Jack Ulm abrió el papel que le había entregado Covarrubias.

«Esta noche espero probar su inocencia y hacerle un favor. Con lo que reúna Estella puede emprender nueva vida con ella en otro sitio. No olvide quién es el asesino de su padre y, no olvide tampoco, su injusto odio de todos estos años contra su hermano.

Mateos cerró los puños, furioso, y jadeó:

—Te conozco, Evelio Lugones.

—Lo siento, don Teodomiro. Pero confío en que se olvide a su debido tiempo. Ahora acompáñeme —y Evelio señaló con el revólver que empuñaba la puerta del aposento de Teodomiro Mateos.

—No iré contigo.—dijo el sheriff—. ¡No estoy dispuesto a seguir obedeciendo órdenes del «Coyote»!

—Pues lo voy a tener que balear un poquito, don Teodomiro —dijo Evelio—. A mi me han ordenado que lo lleve conmigo y yo tengo que cumplir las órdenes.

—Aunque te obedeciera ahora, luego me vengaría en ti.

—¿Por qué, don Teodomiro? Pero si yo ahora no estoy aquí, señor. Estoy en otro sitio, delante de una cantidad inmensa de gente que jurará sobre una montaña de Biblias que yo no estaba aquí ahora, sino allí.

—Yo sabré estropear la combinación.

—Usted se va a estropear a sí mismo, si no me sigue «ahorita mesmo,» sin más «habladas.» Además, me dijo el patrón que le va a proporcionar un triunfo tan «güeno» que usted se va a estar relamiendo de gusto un año seguido. Incluso me dijo: «No es que don Teodomiro me «quede» ya muy simpático; pero como no hay otro a quien dar la victoria, se la daremos a él.»

No era la primera vez que el «Coyote» le servía un éxito en bandeja de plata. La primera fue en aquella ocasión cuando le proporcionó el primer triunfo sobre la «Banda de la Calavera» [1]. Y como después de lo ocurrido la noche anterior no andaba muy sobrado de éxitos, Mateos pensó que no perdía nada aceptando la invitación.

—Vamos —dijo.

—Me encargaron que llevase usted el sombrero que usaba anoche el señor Ulm. Que lo envuelva bien.

—¿Para qué? —preguntó Mateos.

—Pues me figuro que será para que no le dé el polvo —sonrió Evelio Lugones.

Mateos obedeció resignadamente, y como ya no hacía falta el pañuelo que le cubría el rostro, Evelio se lo quitó cuando salieron a la calle, dirigiéndose hacia la parte moderna de la ciudad.

Cuando llegaron a la vista del «Ferrocarril,» Mateos comentó:

—¡Qué raro que esté cerrado!

—¡Pues sí que es raro! —coreó Evelio Lugones—. Sin embargo, hay alguien dentro, pues se ve luz. Entraremos por la parte de atrás.

Desmontaron a poca distancia de una de las puertas excusadas del garito, y Evelio Lugones previno a Mateos:

—Señor sheriff don Teodomiro; no cometa la locura de echar mano a los «hierros,» porque le aumento el peso en unas oncitas de plomo.

Abrieron una de las puertas, y al entrar en el oscuro pasillo, Mateos experimentó la impresión de entrar en la madriguera de una tarántula.

—¿Y si disparan contra nosotros?—preguntó en voz baja.

—No se apure por mí, don Teodomiro —replicó Evelio—. Usted, que está práctico en detenciones, me va a detener todas las balas que vengan a buscarme.

—Eso temo —suspiró Mateos—. ¡Qué linda situación!

—Dentro de poco estará en peor situación otra persona —dijo Evelio—. Ya verá cómo entonces se sentirá muy feliz.

* * *

Después de cerrar el local y pegar en el exterior un cartel indicando que por causas ajenas al deseo de la gerencia aquella noche no se iba a jugar en el «Ferrocarril,» Kimberley entró en su despacho. Estella, vestida para viaje, esperaba sentada frente a una maleta llena de billetes de Banco. En el suelo había un maletín repleto de monedas de oro en cartuchos.

—No sé que ha sido del patrón; pero me alegro, de que no esté aquí. Esto facilita las cosas.

—¿Quien es tu patrón, Kim?

—Ahora ya lo puedo decir —respondió el tahúr— Es el señor Simmons. Un genio de los negocios; pero su inteligencia también tiene sus puntos débiles. Nunca imaginó que tú podrías quererme. Sabía que tú me anclabas en Los Angeles y pensó que preferirías a Jack. Cuando vea que he entrado a saco en su cuenta corriente, se pondrá hecho un basilisco. Vamos. Nos espera un coche para conducirnos a San Pedro.

Estella se levantó. Su mirada estaba fija en el cinto canana colgado del respaldo de una silla. Dos revólveres con cachas de marfil asomaban de las pistoleras. Temiendo que su propia atención despertase la de Kimberley, miró hacia otro lado.

El gerente de la casa de juego cerró la maleta, levantó el pesado maletín y lo dejó caer todo sobre la mesa, luego ciñóse el cinturón, se puso la levita en lugar de la chaqueta que había llevado y, descolgando el sombrero se cubrió la cabeza, anunciando luego.

—Espérame aquí, Estella. Voy a traer el coche hasta la puerta, pues el equipaje pesa demasiado para llevarlo mucho rato a mano. Salió del despacho y Estella le siguió en seguida, entreabriendo la puerta para presenciar el desarrollo del drama.

Apenas llegó al salón de juego, Kimberley se encontró frente a una reunión tan inesperada como asombrosa.

Sentado junto a una mesa estaba Jack Ulm. Detrás de él hallábanse dos comisarios del sheriff. Frente a otra mesa estaba el juez, evidentemente muy nervioso. Otra mesa estaba ocupada por los jugadores de Kansas, Montana y Oregón. Detrás de ellos había dos mejicanos. Por último, frente a otra mesa, sobre la cual se veía un paquete bastante grande, vio a Teodomiro Mateos, y, junto a él, aterrador en su negra vestimenta, al hombre más temido de California.

—¿También el «Coyote»? —preguntó. Luego, sonriendo, agregó—: ¿No han leído que esta noche no se abre la sala de juego?

—Hemos venido a jugar a otra cosa, Kimberley —replicó el «Coyote.»

Moviendo la mano en dirección al juez, pidió:

—¿Quiere leer la acusación contra el señor Kimberley?

Atragantándose, el juez anunció:

—Señor Kimberley... —tuvo que carraspear—. El señor «Coyote» le

acusa de haber asesinado al comisario Rodríguez y de haber querido cargar las culpas de su delito al señor Jack Ulm.

—Yo no he acusado a nadie —respondió Kimberley—. Y les aseguro que esta comedia dura ya demasiado.

—Por mucho que dure, terminará demasiado pronto para usted, señor Kimberley —indicó el «Coyote»—. Mi acusación se basa en estos testigos, que están convencidos de que deben decir la verdad y reconocer que anoche Jack Ulm no salió del reservado.

Kimberley se echó a reír.

—¿De qué vale la declaración de tres cuatreros?

—Tal vez no valga mucho —respondió el «Coyote»—. Pero, unida a otra prueba incontrovertible, servirá para enviarle al cadalso, Kimberley. Yo le acuso de haber usurpado la apariencia física de Jack Ulm para asesinar a Tomás Gómez cuando saliese de la cárcel.

—¿Puede probar semejante disparate? —preguntó Kimberley, cuya mirada paseó escrutadora sobre el extraño tribunal.

—Sí.

Kimberley había observado que, además del «Coyote,» sólo tres hombres más llevaban armas. Los demás carecían de ellas.

—¿Cómo? —preguntó.

—Por medio del sombrero —y el «Coyote» señaló el paquete de encima de la mesa, a la vez que en su cerebro sonaban las palabras de Estella:

«Lleva un «derringer» en la manga izquierda. Practica todos los días, y es capaz, con un ligero movimiento, de empuñarlo y dar en un blanco situado a treinta metros.»

Solo veinte metros le separaban de Kimberley.

—Abra el paquete, Mateos —ordenó luego.

—Ya está. —dijo Teodomiro Mateos.

—¿Es el sombrero de Jack Ulm? ¿El que llevaba anoche?

El sheriff respondió afirmativamente a la pregunta del «Coyote.»

—Examine el interior y diga ante todos si yo he tocado ese sombrero.

—No lo ha tocado. Pero dentro no hay nada.

—¿Absolutamente nada? —insistió el «Coyote.»

—Pues..., algunos cabellos...

—¿Todos iguales?

—Parece que no...—murmuró Mateos.—. Unos son rubios claros y otros rubio oscuro y rizados.

—¿Cómo los del señor Kimberley? —preguntó el «Coyote.»

Mateos levantó la vista hacia el tahúr.

—Quítese el sombrero para que lo vea —pidió, con indecisa voz.

Kim movió la mano izquierda; pero el «Coyote» le contuvo con un ademán.

—Antes le ruego y ordeno que se quite el cinturón canana y lo entregue al juez, para que el señor Ulm pueda decir si esos revólveres con cachas de marfil son los que él echó de menos ayer.

Bajando la vista hacia sus armas, Kimberley se dio cuenta del cambio. Aunque idénticos a los suyos, aquellos revólveres no eran los que él había dejado en las fundas cuando salió a cerrar las puertas.

La traición de Estella fue como un mazazo que, de momento, le dejó aturdido; pero de aquel aturdimiento salió lleno de odio contra la mujer que se había burlado de él. Podía disparar dos veces. La primera bala sería para el «Coyote.» La segunda para la mujer que estaba en su despacho.

—Bien, me han cazado —dijo, hundiendo los hombros—. No esperaba que fueran tan listos... A pesar de que lo esperaba, el «Coyote» casi no vio el movimiento de la mano izquierda de Kimberley. Fue mas su instinto que su vista el que le previno, y así el revólver brincó, atronador, en su mano solo una milésima de segundo antes de que el tahúr apretara el gatillo del pequeño y negro «derringer,» que, cayendo del interior de la manga, fue recogido por su mano.

La pesada bala del cuarenta y cinco del «Coyote» dio en el pecho de

Kimberley haciéndole retroceder como si hubiera recibido un violento empujón; pero en el cuerpo del tahúr aún quedaba energía y odio, y en su mano izquierda todavía estaba el «derringer.»

El «Coyote» saltó a un lado para evitar la bala, a la vez que volvía a disparar. El salto fue oportuno; pero solo sirvió para apartar del trayecto del proyectil lo más vital del cuerpo del enmascarado, que sintió en su carne el abrasador mordisco del plomo.

Disimulando, ya que nadie se había dado cuenta de su herida, el «Coyote» disparó por tercera vez, cuando Kimberley llevaba las manos a los revólveres que pendían de su cintura. El choque del plomo contra su corazón resonó como un golpe dado con un trapo sobre un colchón. Kimberley brincó hacia delante, extendió las manos en busca de donde cogerse y, por fin, girando como una veleta bajo un súbito golpe de aire, cayó al suelo y quedo inmóvil, de bruces, con la frente apoyada en el brazo izquierdo y teniendo el derecho extendido.

—¿Convencido, don Teodomiro? —preguntó el «Coyote,» mientras Estella salía del despacho y corría hacia Jack, que se reunió con ella a mitad de camino.

—Desde luego —respondió Mateos.—. Jack Ulm es inocente.

—Pues entréguele sus armas y déjelo en libertad. Pero antes quiero hablar con él.

Jack se acercó al «Coyote,» y éste, en voz baja, le dijo:

—Tenía que ir al «Moctezuma»; pero estoy herido y no se si podré llegar. Simmons va hacía ahí. El doctor García Oviedo tiene algo que decir. Estará ahí, esperándome. Dígale que estoy herido y que no se si llegaré a casa. Adiós. Mucha suerte. El dinero quédeselo, menos unos cincuenta mil dólares que puede necesitar su hermano.

—Gracias, señor «Coyote» —musitó Ulm—. Ya sé lo que he de hacer en favor de Tommy.

Protegido por los tres Lugones, el «Coyote» salió del garito y poco después galopó hacia su guarida.

—No veré el hermoso fanal —musitó cuando Guadalupe le ayudó a desmontar.

Kate protestó:

—No quiero quedarme en mi cuarto.

—Es solo un momento, hija —replicó García Oviedo—. Tengo que hablar con tu padre de un asunto muy importante. Luego podrás estar con él. Aquí no corres peligro. No creo que tu marido vuelva demasiado pronto. Es posible que, después de lo que me has contado, no regrese nunca más.

—¿Qué le tiene que decir a papá? —preguntó, ansiosamente, Kate —. ¿Es algo de ese secreto que todos ignoramos; pero cuya gravedad presentimos?

—No puedo decirte nada. Tengo orden de hablar con tu padre. Luego se arreglará todo.

—Si llegase mi tío le mataría.

—No lo hagas. Sé que todo está resuelto. Tomas quedará en libertad mañana.

—¿Por qué no antes?

—Porque es preciso evitar que mate a tu marido y levante así un abismo entre vosotros.

—¿Por eso yo no puedo matarle? —preguntó Kate, bajando los ojos.

—No pienses en ello.

García Oviedo la encerró en el cuartito que había sido el suyo de soltera, y luego dirigióse al salón, donde Abe Dolin estaba inmovilizado junto al fuego.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó.

García Oviedo acercó un sillón y sentóse frente al paralítico.

—No es fácil decir lo que tengo que contar. Y la verdad es que no podría repetirlo ante un tribunal, pues al hacer lo que he hecho he faltado a la Ley.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Dolin.

—He examinado un cadáver sacado de la tumba de un tal Espinosa.

Abraham Dolin inclinóse hacia delante, como si quisiera saltar del sillón de ruedas.

—¿Cómo lo ha descubierto? —preguntó.

—Lo descubrió otra persona y me pidió que yo averiguase de qué había muerto aquella persona enterrada en aquella sepultura.

—¿Encontró la bala?

—Sí, señor Dolin. Encontré una bala en el cuerpo de su esposa, enterrado en la sepultura de un pobre hombre.

—¿Qué piensa hacer?

—Yo no puedo hacer nada. Si digo que he desenterrado un cadáver sin el debido permiso, perdería mi título de médico y el derecho de ejercer en California y en el resto de la nación.

—¿Significa eso que no debo temer que me denuncie? —preguntó Dolin.

—¿A usted? ¿Por qué a usted?

—Porque él fue quien la mató, señor García Oviedo —dijo Joel Simmons, que había entrado en la sala—. El mató a su querida esposa cuando ella quiso defender a su querido hermano, ¿verdad, Abe?

—¿Ya has vuelto? —jadeó Dolin.

—Claro que he vuelto, y lo que hizo tu hija anoche no se lo perdonaré nunca. Sacaremos los trapos sucios de la familia. Diremos que me quisiste matar y que mataste a tu mujer, y que luego, para que el forense no te descubriera, lo compraste, y cuando él te exigió más dinero, lo asesinaste, dejando que las culpas recayeran sobre tu querido hijo Tommy. Tu hija no podrá seguir levantando la cabeza orgullosamente y rechazando a su marido como si fuera un apestado.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Dolin, temblando convulsivamente.

—Porque sentía un gran interés por cómo iba a terminar el juego. Ya sé que tu otro amado hijastro o hijo adoptivo está esperando que le

pongan al cuello una corbata de cáñamo. Será bonito verlo danzar.

—No le excite —pidió García Oviedo—. Yo no pienso decir nada de cuanto he descubierto.

—Yo le llamaré como testigo —rió Simmons—. He vuelto para vengarme del insulto de anoche, cuando mi propia mujer me echó a tiros de mi cuarto. Mi paciencia tiene un límite. Yo quería mucho a mi hermana... y quiero vengarla.

—Tú sólo querías a tu hermana para explotarla —dijo Dolin.

—Yo le he llevado flores todos los domingos a su tumba. Y por ella sacaré a relucir todo lo sucio que hay en la familia de los Dolin...

—¿Y lo que sucedió en Méjico? —preguntó Jack Ulm, desde la puerta—. ¿También saldrá a relucir?

Simmons se volvió hacia la puerta, en la que estaba encuadrado Jack con un revólver en la mano derecha. El terror guió diestramente a Simmons, que lanzando un chillido, se coloró detrás de Dolin, interponiendo el cuerpo del inválido entre el revólver de Jack y él.

—¡Vete! —gritó luego—. No haré nada...

—He venido a matarle, Joel Simmons —replicó Jack—. Por muchos motivos: Porque usted fue el verdadero asesino de mi padre. Porque usted fue la causa de que muriese Katrina, la única madre que yo he conocido. Porque usted me hizo odiar a mi hermano Tommy. Y, sobre todo, porque, matándole yo. Quedará libre Kate y se podrá casar, sin remordimiento alguno, con el hombre a quien ama. Si no le matase yo, le tendría que matar Tommy, y entonces no podría casarse con la mujer a quien él mismo habría dejado viuda.

Mirando al doctor García Oviedo, Jack siguió:

—El «Coyote» me ha encargado que le diga que está herido. Le alcanzó la segunda bala que disparó Kimberley antes de morir. Vaya usted a curarle.

—¿Qué le habéis hecho a Kim? —gritó Simmons, a quien la avaricia daba mayores fuerzas que el miedo.

—Yo le he visto morir, sin que le valiera de nada el truco del «derringer» en la manga.

Simmons llevó la mano al bolsillo y sacó un revólver inglés, de cañón corto y gran calibre. En el mismo instante, notando sus movimientos. Abe Dolin hizo girar hacia adelante las ruedas de su sillón, dejando descubierto a su cuñado.

Viéndose solo ante Jack, Simmons gritó asustado y furioso, y como Dolin estaba más cerca, contra él dirigió su furia. Simmons disparó dos veces contra el respaldo del sillón. Luego, cuando Dolin caía hacia adelante, arrastrando con él su sillón, Joel Simmons se quiso volver contra Jack; pero éste, con el revólver junto a la cintura, empezó a disparar por el sistema conocido como «abanicamiento,» o sea apretando el gatillo con el índice derecho, mientras la mano izquierda pegaba con rapidez golpes, como si abanicase, sobre el percutor, y cada vez que el percutor caía sobre un cartucho de los contenidos en el cilindro, sonaba un disparo y una bala buscaba, rabiosa, el cuerpo de Simmons. Los seis disparos sonaron como uno solo, muy prolongado.

Cuando el cuerpo de Joel dejó de ser sostenido por el impulso de las balas que lo estaban matando, el hombre se derrumbó como un árbol cortado y quedó en el suelo. Junto a Abe Dolin, lleno de plomo, como debiera haber muerto muchos años antes, en las laderas de Chapultepec.

—Están muertos los dos —dijo García Oviedo.

Ulm se enfrentó con el doctor.

—¿Cree que podrá olvidar lo que ha averiguado? —preguntó.

Aun conservaba el descargado revólver, con el cual apuntaba al doctor.

—No sé de qué me hablas, hijo —sonrió García Oviedo—. Porque supongo que no te refieres a que olvide mi cita con el... «Coyote.»

—Casi lo había olvidado yo. ¿Cree que debo huir?

—¿Por qué? Yo soy testigo de que disparaste contra Simmons cuando él había disparado ya contra tu padre adoptivo. Esta tierra es hermosa, y si tenéis dinero no os costará sacar a flote el «Rancho Moctezuma.» Lo que robó Simmons volverá a vosotros por herencia de Kate.

Esta llegó en este momento, y Jack tuvo que retenerla para que no se arrojase sobre su padre.

—Has de tener serenidad —dijo García Oviedo—. Tu marido mató a tu padre. Jack le vengó.

—¡Fue por mi culpa! —lloró Kate—. Mi tío estaba furioso y lo pagó con él.

—No fue por eso, Kate —dijo Jack.—. Discutieron de tiempos pasados, de cuando la guerra de Méjico. Tu padre dijo algo que era un secreto y... yo quise matar a tu marido. Luego, no sé cómo, él disparó, cu padre se interpuso y... No sé qué decirte. Ha sido todo tan rápido e inesperado...

—Yo he de marcharme —dijo el médico—; pero avisaré para que venga alguien.

—Diga que pongan en libertad a Tommy —indicó Jack—. Estoy deseando abrazarle. Ya no hay odio entre nosotros. Ahora sé la verdad.

Kate fue llevada nuevamente a su cuarto y el doctor la administró un narcótico, disfrazado de calmante de los nervios.

—Adiós —se despidió luego—. Si el «Coyote» me necesita he de darme prisa.

* * *

—Pero, ¿cómo ha sido esto, César? —preguntó García Oviedo, secándose las manos junto a una palangana de enrojecida agua.

—Venía hacia aquí y alguien disparó un tiro. Yo tropecé con la bala.

—¡Este vicio de jugar con armas de fuego traerá muchas desgracias! —suspiró García Oviedo—. También he visto que tenías otra herida en el costado.

—Fue un rasguño. El caballo me tiró contra unos arbustos y una rama se me clavó en la carne.

García Oviedo movió la cabeza.

—César Cuarto, a ver si tú eres más prudente que tus antepasados —dijo palmeando la espalda del hijo de don César—. Y si vale de algo mi consejo, es mejor que no divulguéis este incidente.

—¿Por qué? —preguntó don César, desde la cama.

—Porque esta noche han matado a Kimberley, el del «Ferrocarril»; a Dolin y a Simmons, y a lo mejor la gente saca conclusiones equivocadas.

—Es verdad —asintió don César—. Lupe, trae al doctor una copa de coñac y una taza de café.

Salió Guadalupe y García Oviedo evitó, mientras ella estuvo ausente, mirar a don César. Sólo cuando volvió Guadalupe con el café y el coñac, volvió al centro de la habitación.

—Es una pena que no estéis más necesitados de médico —dijo, bebiendo un sorbo de coñac—. Me encanta visitaros. Por cierto que, según me han dicho, van a tender un ferrocarril por Valle Lorenzo. Tú tienes tierras por allí, ¿no?

—Sí —contestó don César—. Las heredé de tía Josefa. Muy buenas tierras.

— Pues ahora lo serán más El ferrocarril las valorará.

García Oviedo bebió el resto del coñac v el café, acusó unos escalofríos y cogiendo su maletín, lo cerró, disponiéndolo todo para marcharse.

—Mañana pasaré a ver cómo están esos dos rasguños.

—¿Le acompaño a la ciudad? —preguntó César.

—No, hijo —rió el médico—. El que disparó contra tu padre ya debe estar lejos. Quédate aquí. Tu madre me acompañará hasta la puerta. Ella sabe mejor que nadie cómo debe ponerse un hombre su levita. Adiós, César Tercero.

En el vestíbulo, frente a un gran espejo, Guadalupe ayudó al doctor a ponerse la levita.

—Te veo muy pálida, hijita — comentó García Oviedo.

—El susto...—murmuró Guadalupe.

—¿Y qué más? Porque hay algo más. ¿no?

—Todavía no estoy segura —sonrojóse Guadalupe.

—Me parece que te voy a recetar una temporada en Méjico, a ver si los buenos aires de allí hacen que esta vez sea un chico.

Guadalupe sonrojóse aún más.

—¡Por Dios, no diga nada aún! —pidió—. Quizá sólo sea una alarma,

—He ayudado a venir al mundo a casi la mitad de los chicos, muchachos, adolescentes y hombretones que hay en Los Angeles. ¿Crees que no sé descubrir los síntomas?

—En parte siento alegría y miedo a la vez —musitó Guadalupe—. Desde que empecé a creer en ello tuve el presentimiento de que César no vería nacer a nuestro segundo hijo. Por eso no he querido decirle nada.

—Pues díselo, y agrega que yo recomiendo Méjico. Eso de Valle Lorenzo es grave. Mejor dicho, puede serlo. Llévate de aquí a tu marido, y, si es necesario, exagera la nota. Más vale tenerlo asustado por tu salud que verlo muerto por culpa de otros.

—Pero, ¿qué es eso de Valle Lorenzo? —preguntó Lupe.

—De momento no es nada; pero alguien me ha dicho que va a ser un robo inicuo. Ya veremos. Llévate a tu marido a vuestras tierras de Méjico Allí no oiréis los tiros, si los hay. Y tú cuídate mucho, Lupita. Estás pálida y me parece que no será por falta de comida, ¿no?

Guadalupe movió negativamente la cabeza, mientras una triste sonrisa cruzaba sus labios. Luego, cuando el doctor se hubo marchado, volvió al dormitorio.

—Ya puedes acostarte, César —indicó a su hijastro.

Cuando estuvo a solas con su marido, éste inquirió:

—¿Te pasa algo, Lupita? ¿Estás asustada? Si es por mí...

—No. Ya sé que no es nada grave; pero, ¿no crees que ya es hora de dejar esta vida?

—Hace tiempo que lo creo; pero cuando llega el momento, siempre ocurre algo inesperado.

—Estás cansado, y en vez de perder noches galopando por el campo..., sería mejor que te cuidaras de tu hacienda y de la mía. Me ha dicho el doctor que me iría bien un cambio de aires. Las cosas del «Todo» no van bien. Mi abuelo está muy viejo. Hacemos falta allí.

García Oviedo dice que sería ideal para mí una estancia de medio año...

—El doctor tiene muy buenas intenciones, y cuando me cure de estos rasguños le daré gusto, porque me parece que la cura de aires nuevos me la ha recetado a mí y no a ti, ¿verdad?

Guadalupe sonrió como si le hubieran descubierto un secreto.

—Quizá sí.

—Claro. Tú tienes muy buen aspecto. Anoche estuve contemplando una mujer muy hermosa. De no existir tú, hubiera dicho que era la más hermosa del mundo y de California.

—¿No notas ningún cambio en mí? —preguntó Guadalupe.

—No. ¿Te has peinado de otra manera?

—No.

—¿Otro traje?

—Tampoco.

—Pues, ¿qué cambio es ese?

—Ninguno, tonto. —sonrió, tristemente, Lupe—. Sin duda me encuentras igual que hace veinte años, cuando yo te quitaba las botas porque tú eras demasiado perezoso para hacerlo.

—Creo que has mejorado, ¿no?

—Sí. Eso dije al doctor cuando me indicó que estaba algo pálida y ojerosa.

—No hagas caso de los médicos, Lupita. El afán de conseguir cuentes les hace mirar como enfermo a todo bicho viviente que se cruza con ellos. Te encuentro muy bien.

—Pues dentro de medio año tendremos otro hijo, César.

—¿Eh? ¡No! ¿Te burlas?

—Yo lo sospechaba y el doctor lo asegura.

Don César dio un brinco en la cama y cuando ya estaba a punto de

abrazar a Lupe, lanzó un gemido de dolor y se llevó las manos a las heridas.

—¡Qué inoportunas! —gritó.

Lupe le ayudó a tenderse en la cama y le arregló el embozo.

—No te excites —dijo.

—¿Cómo que no me excite? Pero, ¿crees que se me puede dar así como así una noticia tan importante?

—¿Importante? —Lupe se encogió de hombros.

—¡Lo es! ¡Y mucho! Tendremos un Echagüe de Torres que será magnífico.

—¿Y si es una Echagüe?

—No va a ser siempre lo mismo. Será un chico.

—María de los Angeles Mayoz tuvo quince o veinte hermanas [2].

—Pero sus padres eran tontos de capirote. Será un chico. Quiero que lo sea, porque César pronto saldrá rodando en busca de pareja, y, la verdad, me gustaba más cuando era chiquito. Si es un chico te daré lo que tú me pidas.

—Pediría mucho, César.

—Lo que tú quieras.

—Recuerda que los Echagüe son gente de palabra. Y yo acepto tu promesa.

Mentalmente, Guadalupe pidió:

—Dios mío, dame un hijo y yo me encargo de que sea sólo el hijo de César de Echagüe y no sea, también, el hijo del «Coyote.»

—¿En qué piensas? —preguntó don César.

—En que las niñas son más tranquilas que los chicos.

—¡Bah! Ya tengo bastante con una. No me atrevo a cogerla por miedo de hacerla pedazos. Un chico es lo que nos conviene. Lo haré presidente de esta nación. No me conformo con menos.

—Si tanto lo deseas... —rió Lupe—, tendremos que hacer un esfuerzo. Desde mañana empezaré a fumar para ver si sale bien masculino.

—Tal vez te convendría ir a Méjico.

—¿Contigo?

—Quizá... De momento podrías ir sola...

—Creo que es mejor que el futuro Echagüe nazca donde nacieron sus hermanos, su padre y su abuelo. Me quedaré en Los Angeles. Aunque tal vez vaya otra vez a San Francisco y Washington para comprar ropa.

—Buena idea. Hazlo en seguida.

Pero Guadalupe no pensaba en la ropa de su segundo hijo, sino en algo que para ella tenía mucha más importancia.

FIN

[1] Véase Victoria secreta, de esta misma Colección.

[2] Véase Luces de California y otros.